



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El hombre de la cicatriz

Un agente ruso, que dice ha desertado de la MVD, envía una nota a la CIA para la agente Baby, citándola en un apartamento de Edimburgo (Escocia). En contra del parecer de sus amigos, Brigitte se encamina inmediatamente a Edimburgo para aceptar la cita.



Lou Carrigan

El hombre de la cicatriz

Brigitte en acción - 268

Archivo Secreto - 244

ePub r1.1
Titivillus 26.09.2020

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

—Pues yo —dijo Frank Minello—, la verdad sea dicha, a esos tipos que se pasan la vida meditando y orando, los admiro. Y los admiro no por lo que hacen, sino porque yo no sería capaz de hacerlo.

Brigitte Montfort le miró con cierta sorpresa.

—¿Tú no meditas nunca, Frankie?

—Bueno, a veces. Y también tengo mis oraciones, no vayas a creer… ¡Pero no me paso la vida haciendo siempre lo mismo!

—En cierto modo, tienes razón, pero cada persona tiene un camino en la vida. Y si el camino de los lamas del Tibet es meditar y orar por todos, hay que aceptarlo así. Y yo diría que incluso agradecerlo.

—Pues en mi opinión —dijo Miky Grogan, que también estaba de visita en casa de Brigitte—, esos tipos son unos egoístas.

Frankie Minello, jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, y Brigitte Montfort, jefe de la Sección Internacional del mismo diario, se quedaron mirando sin comprender a Miky Grogan, director del mentado periódico.

—¿Egoístas? —se pasmó Minello—. ¿Por qué?

—Porque, en el fondo, lo que buscan ellos, con sus meditaciones y rezos, no es la salvación ni la perfección de la humanidad, sino la propia, la de ellos mismos y eso es todo.

—Quizá tenga razón —admitió Brigitte—. Pero, de todos modos, Miky, convenga conmigo en que no todos seríamos capaces de soportar la vida rígida y austera de un lama…

—¡Sobre todo, eso de andar con la cabeza pelada, con el frío que hace en el Tíbet! —tuvo un escalofrío Minello—. ¡Brrr que se me hielan los sesos!

—¿Qué sesos? —le miró con guasa Grogan.

—¡Ya empezamos a insultar! ¿Acaso piensa realmente que yo no tengo sesos?

—Habría que verlo para creerlo —propuso malignamente Miky Grogan.

—¡Sí, hombre, ahora mismo…! ¿No se da cuenta de que si dejo mis sesos al descubierto me moriré?

—Sería una pérdida irreparable para la humanidad.

Minello frunció el ceño, reflexionó un instante, y se volvió de nuevo hacia Brigitte, exclamando:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Siempre es él quien me busca las cosquillas para que discutamos! ¡Estamos aquí tan tranquilos, invitados por ti y pasando un, rato agradable charlando y tomando champaña helado en esta calurosa tarde de agosto, y este ogro en seguida aprovecha la menor oportunidad para meterse conmigo! ¿Tengo razón o no tengo razón?

—Me parece que sí —sonrió Brigitte.

—¡Ah! —se mosqueó Grogan—. ¿De modo que se pone de parte de este tonto de nacimiento?

—Y todavía no les he hablado del tercer ojo —dijo la bellísima Brigitte, evitando la respuesta directa a Grogan—. ¿Saben que hay algunos lamas que tienen el tercer ojo?

—Yo sí he oído hablar del tercer ojo —asintió Minello.

—¿En qué consiste? —se interesó Grogan.

—Pues, el tercer ojo —reflexionó un instante Brigitte— es algo así como una facultad extraordinaria que nos permite ver a las personas que nos rodean como son en realidad, no como quieren hacernos creer que son…

—¡Ah, no! —saltó Minello—. ¡Yo creía que eso del tercer ojo era otra cosa! O sea, que creía que era… Quiero decir…

Frank Minello enrojeció y se maldijo interiormente por haber gastado una broma que, él tenía que saberlo mejor que nadie, no sería bien acogida por Brigitte Montfort. Ella podía soportarlo todo, pero no le gustaban las vulgaridades, y menos, cuando procedían de sus amigos más queridos.

—Siempre serás un bruto —mascullo Grogan.

—Lo… lo siento…

Brigitte parecía no verlo ni oírle. Se había quedado mirando su copa de champaña, y eso fue todo. Bebió otro sorbito, y, como si la interrupción hubiese sido solamente y precisamente para beber un poco de champaña, prosiguió:

—Dicen que todas las personas tenemos un aura, una especie de resplandor colorido, y que, según el color de esa aura, se sabe si somos buenos o malos, e incluso nuestros estados de ánimo del momento. También se sabe si somos sinceros o estamos mintiendo. En fin, que, con el tercer ojo, no hay forma de escapar a la verdad. Algunos lamas tienen perforada la frente por eso, para dar proyección a la mirada del tercer ojo, que es, básicamente, una facultad mental, como ya he dicho. Facultad que poquísimas personas tienen, desde luego.

—¡Tú la tienes! —exclamó Minello—. ¡Estoy seguro de que tú tienes el tercer ojo, Brigitte!

—¿Por qué lo crees?

—¡Zambomba, porque tú tienes todo lo bueno, hermoso e inteligente del mundo! ¡Si el tercer ojo es bueno, tú tienes el tercer ojo! ¡Eso es infalible!

—Eres muy amable, Frankie.

—Nada de amable. ¡Tú eres lo mejor del mundo!

—Vaya… Bueno, muchas gracias, pero no exageres…

—¡No estoy exagerando! ¡Al contrario, nunca podré elogiarte como te mereces! ¿Acaso hay alguna mujer en el mundo que sea tan bella e inteligente como tú? ¡Nadie, ninguna, imposible! ¿Cómo podría haber otra mujer con esos ojazos de color cielo? ¿Cómo podría haber otra mujer con ese tipazo de diosa saliendo del mar, y con la piel color de sol? ¿En qué otra mujer cabe imaginar una cabellera negra y ondulada como la tuya, y ese cuello de flor, y esa boca de amor, y esos…?

—Pues sí que estás inspirado —bufó Grogan.

—¿Y quién no lo estaría, viendo a la mujer más divina del mundo? ¡Viva Brigitte Montfort!

—¡Viva! —le siguió la corriente Grogan.

—¡Viva yo!

—¡Viv…! ¡Vete al cuerno, estúpido! —bramó Grogan.

Brigitte se echó a reír. En ese momento sonó el carillón de la puerta del apartamento, y Peggy, la ama de llaves de Brigitte, que había estado atenta a servir champaña y conteniendo con dificultad la risa, se apresuró a dirigirse hacia la salida del salón, caminando graciosamente…

—Son bonitas las piernas de Peggy, ¿verdad, Frankie? —se

interesó Brigitte, maliciosamente.

—¡Son palos de escoba al lado de las tuyas, ser divino y celestial!

—No debes decir esas cosas —frunció el ceño Brigitte—. No hay que elogiar a una persona basándose en molestar a otra.

—Y volviendo a lo del tercer ojo —dijo Grogan—, y puesto que, según Frankie, usted tiene esa facultad, ¿qué ve en mí? ¿Cómo es el color de mi aura? ¿Soy bueno, malo, egoísta, generoso…?

—¡Vaya pregunta inútil! —saltó Minello—. ¡Ya sabe usted de sobra que la respuesta es bien fácil! Usted es la parte negativa de lo bueno, ¿comprende?

—Acabarás por irritarme —masculló Grogan.

—Buenas tardes —apareció Charles Alan Pitzer en la puerta del salón—. Espero no molestar demasiado.

—¡Lo que faltaba! —se llevó Minello las manos a la cabeza—. ¡El viejo buitre carroñero entra en escena! ¡Me parece que voy a marcharme de aquí inmediatamente!

—Esa es la mejor idea de que tengo noticia en mucho tiempo —replicó Pitzer—. Por mí no se detenga, desde luego. Hola, Grogan. Brigitte, querida…

Pitzer tomó la mano que le tendía la sonriente Brigitte, y se la llevó a los labios.

—¡Zambomba! —saltó Minello—. ¡El buitre calvo y comedor de basuras se ha convertido en un petimetre lechuguino!, del siglo XV antes de Jesucristo, claro.

—Afortunadamente para mí —se sentó Pitzer al lado de Brigitte en el sofá—, he aprendido a ignorar los rebuznos.

—¡Oiga! ¿Qué quiere decir con eso?

—Me parece —rió Grogan— que te ha llamado burro, Frankie.

—¿A mí? ¿A mí? ¿A mí?

—Bueno, bueno —alzó las manitas Brigitte—. No creo que debamos exaltarnos. Hace demasiado calor para eso. Este agosto está siendo terrible, terrible. Por fortuna, lo estamos terminando. ¿Tomará una copita de Perignon, tío Charlie?

—Eso no le despreciaría ni un ser de las posibilidades mentales de Frankie —dijo Pitzer.

—¡Escuche usted, víbora del espionaje…! —le señaló Minello con un dedote.

—Calma, por favor, calma… —insistió Brigitte—. Y no llames víbora a tío Charlie, Frankie.

—¡Pues lo es! ¿Y quieres que te diga por qué pienso eso de él?

—Hombre, no se moleste —gruñó Pitzer.

—¡No es molestia! ¡Le he llamado víbora del espionaje porque sé que usted no ha venido a nada bueno! Llega aquí sonriendo hipócritamente, chupa la mano de Brigitte…

—Yo no chupo —comenzó a mosquearse Pitzer—, la he besado nada más.

—Lo de besar, se queda para los seres humanos. Usted, que es un vampiro siniestro, la ha chupado a lo bestia. Y no contento con eso, ahora se sacará una misioncita de la manga para ofrecérsela a Brigitte. ¡Lo que quiere decir que nos la quitará una vez más! ¡Lo sé, no me discuta! Que si hay que ir a Moscú a robar el Kremlin para guardarlo en Fort Knox, que si hay que espiar a setecientos mil espías que están vendiendo drogas en una escuela para niños, que si un tipo muy malo quiere cargarse a media humanidad porque de niño no le compraron caramelos…

—Según eso —cortó Pitzer—, Brigitte sólo ha luchado contra retrasados mentales.

—Exactamente. Usted, como jefe del sector Nueva York de la CIA, y por tanto jefe directo de Brigitte, o sea de la nunca bastante admirada agente Baby, tiene que saber muy bien, que sólo la gente que no funciona bien de la sandía, entiéndase la cabeza, pueden ser malos. La maldad, generalmente, es un signo de deficiencia intelectual. Los buenos, como Brigitte y como yo, somos, por tanto, inteligentísimos. En cambio, usted y el ogro aquí presente… ¡Vaya si son malos, vaya que sí!

—Estoy de ti hasta las narices —aseguró Grogan.

—Pues haga el favor de sonárselas y limpiárselas bien.

Miky Grogan enrojeció. Pitzer tuvo que esforzarse por no soltar la carcajada, y Brigitte no hizo el menor esfuerzo en este sentido; de modo que los obsequió a los tres con su risa, y eso fue como bálsamo sobre las heridas.

—Bueno, sigamos bebiendo champaña fresquito y hablando de los lamas del Tíbet —propuso la divina espía.

—¡Brigitte, mira a este buitre con tu tercer ojo, y dinos qué ves! —pidió Minello.

—Yo creo —dijo apaciblemente Pitzer— que lo que debe mirar Brigitte es una carta que traigo para ella.

—¿De quién? —lo miró sorprendida Brigitte.

—De Serge Lidovich. ¿Lo conoce?

—No… No lo recuerdo, al menos.

—Entonces, es que no lo conoce, porque su memoria es increíble, querida. La carta —Pitzer la sacó de un bolsillo interior— llegó a la Central de la CIA, dentro de un sobre grande; en éste había otro pequeño, en el que se indicaba simplemente el nombre de Baby. No estaba cerrado, así que pudo ser leído. Llegó hace poco más de una hora a mi casa, por el sistema urgente especial. Es decir —el jefe de la CIA en el Sector Nueva York miró hoscamente a Minello—, que, si Brigitte se mete en un lío, esta vez no será por culpa de la CIA ni mía personalmente, sino porque ella así lo habrá querido. ¿Está esto bien claro, cabeza de corcho?

—¡Oiga! ¡A mí no me llame cab…!

—Ssst —pidió Brigitte—. Por favor, caballeros.

Y recomenzó la lectura de la carta que alguien llamado Serge Lidovich había enviado a la Central de la CIA para que fuese entregada a la agente Baby, la espía más peligrosa del mundo…

La carta decía:

«Admirada Baby:

»Si yo fuese usted, seguramente no haría caso de esta nota, que puede ser el punto de partida de una trampa. Y no la censuraré si, apenas leída esta nota, la tira a la basura y la olvida.

»Sin embargo, sé que de acuerdo a todo lo que he oído de usted, durante mis años de servicio en la MVD, no ignorará del todo esta nota. Voy a ser breve y claro: si quiere salvar la vida a varios cientos de personas, entre ellos bastantes niños, y evitar como consecuencia inmediata una verdadera catástrofe humana, venga a verme. Con discreción absoluta. Estoy en Edimburgo (Escocia), en un pequeño apartamento ático del número 23 de Bramdean Rise.

»Atentamente,

*»*Serge Lidovich.

P. D.: Ya no trabajo para la MVD. Deserté».

Brigitte dejó la carta a un lado, y, tal como esperaba, Minello se apresuró a cogerla, y Grogan se acercó a él para leerla al mismo tiempo. Cuando terminaron, Brigitte estaba terminando su segunda copa de champaña de aquella calurosa tarde. Segunda y última. Lo bueno, si breve, dos veces bueno.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Minello, inquieto.

—Invitaros a cenar a los tres. ¿Podemos, Peggy?

—Claro que sí, señorita.

—¡Estupendo! —se frotó las manos Minello—. ¿Qué le parece, jefe? ¡He conseguido que Brigitte nos invite a cenar!

—Tú no has conseguido nada —rechazo Grogan—, ella nos ha invitado por iniciativa y voluntad propias.

—Bueno, ya veríamos si nos habría invitado, si yo no le hubiese preguntado qué pensaba hacer.

Grogan quedó tan desconcertado como Pitzer. No así Brigitte, que, tras sonreír, miró a Pitzer.

—¿Sabemos algo de Serge Lidovich?

—En la Central han comprobado que consta en las listas de agentes rusos promocionados hace siete años en la escuela de Kichino. Parece ser que Serge Lidovich estuvo operando algún tiempo en Europa, especialmente en el Reino Unido. No es importante en ningún sentido. Ni siquiera sabemos cómo es. Pero quizá podríamos conseguir información complementaria, presionando a determinados personajes en Moscú.

—¡No me digas que piensas ir a Escocia! —gritó Minello.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo Escocia?

—Pues… ¡dicen que los escoceses son muy tacaños y avaros!

—Bueno, eso es cosa de ellos. Yo no voy a ir para pedir limosna, Frankie.

—¡No puedes irte a Escocia!

—¿Por qué no? Y por favor, dame una razón válida.

—Pues porque… porque… ¡porque hace mucho calor para viajar!

—Bueno, eso es cierto. Pero en Edimburgo debe hacer menos calor que aquí, de modo que estaré estupendamente. ¿Alguna otra objeción?

—Pues… ¡Te puede atrapar la serpiente!

—¿Qué serpiente?

—¡El monstruo del lago Ness!

—Tengo el mismo miedo al monstruo del lago Ness que al monstruo del lago Ngar[1] —rió Brigitte—. Y otra cosa: tengo entendido que Edimburgo es una ciudad preciosa.

—Ahora están en fiestas —dijo Pitzer.

—¿En fiestas? —le miró vivamente Brigitte.

—Sí. No recuerdo las fechas exactas, pero creo que duran unas tres semanas. El año pasado fueron desde el 22 de agosto hasta el 13 de setiembre. Ellos lo llaman el Festival Internacional. Va gente de todo el mundo, es muy conocido.

—¿Y qué clase de fiestas hacen los escoceses? —se interesó Minello—. ¿Acuñan moneda por sus propios medios?

—No te metas tanto con los escoceses, Frankie. Todo eso de su tacañería son habladurías… Pero sí me gustaría saber qué clase de festejos hacen exactamente. Creo recordar algo al respecto… ¿Verdad que hay funciones de ópera, tío Charlie?

—Sí. Ópera, *ballet*, conciertos, exposiciones, teatro… Es un acontecimiento importante cultural y turísticamente.

—Zambomba —imitó deliciosamente Brigitte a Minello—. Luego nos quejaremos de los espías rusos. Aquí tenemos a uno que me ha invitado a visitar Edimburgo, precisamente en la temporada de fiestas.

—Pero no vas a ir, claro —insistió Minello.

—Frankie, ¿por qué dirías que os he invitado a cenar?

Minello meditó unos segundos, antes de contestar:

—Porque eres generosa, buena, amable, cariñosa, buena amiga, inteligente, simpática…

—Por todo eso —rió Brigitte—. Y como despedida.

Capítulo II

El avión de la BEA aterrizó en el aeropuerto Turnhouse de Edimburgo, procedente de Londres. Era una hermosa tarde, de viento cálido y sol rojo. A lo lejos, los colores verde de los prados y azul del mar. En el cielo, ni una sola nube.

En un coche estacionado, un hombre esperaba. Cuando vio descender el avión procedente de Londres, consultó su reloj. Lo volvió a consultar cuando en su bolsillo interior sonó un suave zumbido. Habían pasado solamente doce minutos: las formalidades y recogida de equipaje habían sido rápidas. Puso el coche en marcha, y se dirigió a la parte frontal del edificio, lentamente.

Todavía no había llegado cuando vio aparecer a la joven de largos cabellos negros y grandes ojos. En la mano izquierda llevaba una maleta más bien pequeña. En la derecha, un maletín rojo con florecillas azules. En el rostro del hombre, un rostro más bien duro y hermético, apareció una sonrisa, como si cada uno de sus rasgos acabase de ser iluminado.

Unos segundos más tarde, detenía el coche delante de la muchacha, que había dejado la maleta en el suelo. Se apeó, fue hacia ella, y señaló el maletín, que ella seguía sosteniendo.

—¿Se lo llevo? —propuso.

—No, gracias. No le conozco a usted, señor.

—Me llamo Simón.

También la sonrisa de la recién llegada viajera pareció iluminada.

—Es un nombre que me encanta. Por lo tanto, le permito que me lleve la maleta.

—Es estupendo conocerla —exclamó Simón—. ¡No puede imaginarse cuántas veces había soñado este momento!

—Entonces, es usted uno de los afortunados que ven convertidos sus sueños hermosos en realidad. Es decir, suponiendo que yo le

parezca un sueño hermoso.

Simón se echó a reír jubilosamente, abrió la portezuela del lado izquierdo, y la cerró cuando la viajera se hubo acomodado. Colocó luego la maleta en el portaequipajes, situado atrás, y finalmente fue a sentarse junto a ella.

—¿Y sabe lo que más contento me tiene de todo este asunto? —preguntó.

—Pues no, no lo sé.

—Que no han matado a ninguno de los nuestros. Últimamente han soplado malos vientos para la CIA, pues según tengo entendido han matado a varios de les nuestros. Pero ahora, no. Ahora todo está en calma, todo va bien… ¿O no?

—En lo que a la CIA se refiere, sí…, por ahora. Es casi un asunto particular, pero creo que, si yo he ayudado muchas veces a la CIA, la CIA puede ayudarme ahora a mí. A fin de cuentas, de eso se trata: de que yo utilice a la CIA, no la CIA a mí.

—Nadie más que usted se atrevería a decir eso. De modo que, aunque no supiese ya que usted es Baby, habría comprendido, sin duda alguna, ahora. Le tenemos reservada una *suite* ni más ni menos que en el Caledonian Hotel, en Princess Street.

—¿Es agradable?

—Mucho. Además, desde él se ve el Castillo… Y es el más caro, en una palabra. O de los más caros, al menos.

—Fantástico —sonrió la divina espía—. Bien: ¿qué noticias nos han llegado de Moscú respecto a Serge Lidovich?

—Tiene un historial más bien bueno, y hasta que desertó, parece que en el Directorio de la MVD estaban contentos con él. De pronto, desertó, y eso fue todo. Dejó sus ocupaciones y desapareció.

—¿Los motivos?

—Se ignoran.

—¿Tenemos fotografías de él?

—Por ahora, no. Están trabajando en ello. Pero los accesos al Directorio de la MVD están un tanto obstruidos en estas fechas. Los habituales burócratas del Directorio están de vacaciones, y los suplentes son mucho más rígidos y desconfiados, no se relajan ni un instante, así que nuestros colaboradores tienen dificultades para conseguir material.

—¿Y adónde van los burócratas rusos del espionaje de

vacaciones?

—La mayoría al Mar Negro.

—Claro. En resumen, no sabemos nada más de Serge Lidovich.

—Por ahora, no. Pero sabremos algo pronto.

—Está bien. ¿Se han interesado por el domicilio de Lidovich?

—¡Naturalmente! Desde hace treinta horas, el 23 de Bramdean Rise está muy bien vigilado… Pero al no tener identificado a Lidovich, no sabemos cuál puede ser de las personas que hemos estado fotografiando. Todavía están en ello, pero tengo algunas fotos a su disposición. ¿Quiere verlas?

—Por supuesto.

Simón sacó un sobre de un bolsillo interior, y lo tendió a Brigitte, que sacó las fotografías que contenía. Instantáneas tomadas con una máquina magnífica, y, naturalmente, utilizando teleobjetivo. En una de ellas se veía la casa número 23 de Bramdean Rise. Constaba solamente de tres pisos y el ático que tenía un aspecto antiguo y cuidado.

—No parece que pueda vivir mucha gente en este edificio —murmuró.

—No. Es un lugar agradable. Está en Braid Hills, donde hay campos de golf, e incluso un pequeño lago, y su poquito de bosque.

Brigitte *Baby* Montfort asintió, y se dedicó a mirar las fotografías de personas. En treinta horas de vigilancia, se podía pensar que todas habían pasado por el objetivo, pero ninguna de ellas le pareció que pudiese ser el agente soviético desertor. Llevaba muchos años tratando con rusos, y, aunque ciertamente podía equivocarse, le pareció que Lidovich no figuraba en las fotografías. Descartando las cinco mujeres, dos de ellas ancianas, quedaban pocos personajes para valorar: siete hombres. Dos de edad avanzada, tres de alrededor de cuarenta años, un muchacho de unos dieciocho, y un niño de menos de diez.

La lógica selección centró la atención de Brigitte en los tres hombres de alrededor de cuarenta años. Cualquiera de ellos podía ser Lidovich, en efecto, pero… No. Para ella, no.

—Lo sensato —musitó— sería no acercarse a ese edificio hasta conseguir una fotografía de Lidovich, procedente de fuentes de confianza de Moscú, y después de vigilar al hombre en cuestión.

—En efecto —asintió Simón, que ya conducía por las afueras de

Edimburgo—, eso sería lo sensato.

—Pero quizá tendríamos que esperar tres o cuatro días, ¿no es así?

—Muy posiblemente. O incluso más. ¿Quién sabe?

—Bueno, lo cierto es que yo soy absolutamente incapaz de esperar tres o cuatro días, o más, a que me lleguen unas fotografías. Vamos a estudiar el asunto desde otro ángulo. ¿Qué está ocurriendo en Edimburgo?

—Nada en absoluto. Es decir, estamos en fiestas, y todo el mundo lo pasa muy bien.

—Sobre todo, los niños, supongo.

—Supongo que sí. Bueno, los niños se divierten siempre.

—¿Dónde? Quiero decir, ¿dónde van los niños a divertirse con preferencia?

—Caramba, no sé… En los parques, en los campos deportivos. Es de suponer que también van al cine, y presumiblemente, harán visitas colectivas a museos y sitios así. Vaya, yo diría que hay niños en todas partes, y a todas horas. Es lo que más abunda.

Brigitte asintió, y quedó pensativa. Simón la miró de reojo, y luego dedicó toda su atención a conducir.

Turnhouse Road y Glasgow Road habían quedado atrás; circulaban ahora por St. John's Road…

—¿Está muy lejos de aquí Bramdean Rise? —preguntó de pronto, Brigitte.

—¡Ya lo creo que está lejos! —exclamó Simón—. Además, hay que cruzar la mitad de la ciudad utilizando avenidas principales, que no coinciden en el itinerario. El gran lío, vamos.

—Pero no debe ser imposible ir allá, ¿verdad?

—No hay nada imposible para mí si es para complacerla a usted.

—Gracias, Simón. Bien, pues vamos a Bramdean Rise.

—¿Ya? ¿Qué piensa hacer?

—Aún no lo sé. Pero vamos allá.

Media hora más tarde, Simón detenía el coche, pero no en Bramdean Rise, sino cerca de Comiston Road, en una callecita lateral. Tampoco la dama que iba ahora en el asiento de atrás tenía el menor parecido con la bella y juvenil señorita Montfort. Ahora, el asiento de atrás iba ocupado por una anciana dama de blancos cabellos y porte aristocrático. Incluso el maletín rojo con florecillas

azules había cambiado, pues ahora estaba forrado de raso negro.

Estaba anocheciendo.

Simón, vuelto en el asiento de atrás, la contemplaba con expresión admirativa y estupefacta.

—Si no lo viese, no lo creería —dijo por fin.

—Cuando ya no sirva para el espionaje, me dedicaré al teatro —sonrió la anciana, hablando con voz ligeramente cascada.

—Ese día no llegará. El día que usted no sirviese para el espionaje, sería que ya no existía el espionaje. ¿Llamo ya?

—Sí.

Simón utilizó su radio de bolsillo para ponerse en contacto con los compañeros de la CIA, que estaban vigilando el 23 de Bramdean Rise. La conversación se orientó hacia la posible identificación de Serge Lidovich por deducciones, pero todavía no era posible. ¿Hacían aparecido personajes nuevos? La respuesta fue que no. Por lo tanto, parecía que Serge Lidovich tenía que ser uno de los hombres que ya habían sido fotografiados. Basándose en esto, Brigitte volvió a examinar las fotografías de los tres hombres de alrededor de cuarenta años. Inmediatamente, separó una de ellas. Aquél, desde luego, no podía ser un espía soviético.

¿Y los otros dos?

—Me parece que tendré que saberlo por el método directo, Simón: ir a ese ático.

—No me parece muy prudente, la verdad. Como usted sabe, no hemos podido…, mejor dicho, no nos ha parecido conveniente entrar en el edificio para echar un vistazo a ver quiénes entraban en cuáles apartamentos, pero hay algo que anoche nos llamó la atención sobre el ático, precisamente.

—¿A qué se refiere?

—La luz no se encendió allí en toda la noche. Estuvimos viendo luz en todas las ventanas, y hasta fuimos a la parte de atrás del edificio. Luz en todas partes, a una hora u otra, menos en el ático.

—Bien —parpadeó Baby—. Quizá Lidovich ya no esté ahí, después de todo.

—Es muy posible. Y también es posible que lo que haya en ese ático sea una bomba para la agente Baby. O cualquier clase de trampa. Yo esperaría a que llegasen noticias más concretas de Moscú, y pudiésemos identificar a Lidovich. Entonces, nosotros lo

cazaríamos, y lo llevaríamos ante usted para que conversasen en el terreno que le conviniese a usted, no a él.

—No podemos esperar. Si va a ocurrir algo que pueda costar la vida a cientos de personas, incluidos varios niños, y que como consecuencia inmediata provocaría una verdadera catástrofe humana, no es tiempo lo que podemos desperdiciar, Simón.

—Bueno, también nuestras vidas son importantes, ¿no? —refunfuñó el espía.

—Sin la menor duda. Usted espéreme aquí.

Sin darle tiempo a protestar, Brigitte salió del coche y se alejó. Bramdean Rise estaba al fondo de aquel grupo de callecitas, y, pocos minutos después, la anciana identificaba la casa antes de ver el número. En algunas ventanas se veía ya luz eléctrica, pero no en el ático, ciertamente.

Con toda naturalidad, la anciana entró en el edificio, subió al último piso, y se detuvo ante la única puerta que había allí. Nadie la había visto, ni ella había visto a nadie; pero sí había oído música en un sitio, y voces en otro. Personas normales viviendo una vida normal, eso era todo. ¿O no?

El timbre del apartamento de Serge Lidovich sonaba, pero nadie acudía a abrir. Así que, finalmente, Baby recurrió al juego de ganzúas de su maletín, para abrir la puerta; tarea que le llevó una docena de segundos. Entró, cerró tras ella, y quedó inmóvil. El silencio era total.

Con la pistolita de cachas de madreperla en la mano derecha, Brigitte estuvo esperando un par de minutos, mientras sus ojos se iban habituando a la oscuridad; que ni siquiera era oscuridad, sino penumbra. Por una ventana del fondo llegaba el resplandor del alumbrado público de Bramdean Rise, y a ese resplandor, todo iba tomando forma a los ojos de la espía. Hasta que finalmente, vio lo suficiente para poder moverse sin tropiezos.

Desde el pequeño recibidor, pasó al salón-comedor. Allí había dos ventanas que daban a la calle. La cocina estaba al otro lado, de modo que su luz debía dar al interior de la manzana. Lo mismo el cuarto de baño. El único dormitorio, como el comedor-salón, tenía ventana a Bramdean Rise. Es decir, una puerta ventana que daba a una pequeña terraza… A través de los cristales, la anciana estuvo contemplando las flores que había en la terraza, en bonitos tiestos.

Curioso personaje el ruso Lidovich: deserta de la MVD y se va a vivir ni más ni menos que a Edimburgo, Escocia, a un pequeño ático, en cuya terraza se dedica a cultivar flores. Curioso.

Brigitte dejó de contemplar las flores, y se volvió. Fue antes, al tener el resplandor a la espalda, cuando vio mejor el lugar, y quedó sorprendida. O ella no veía bien, o… Sin vacilar más, encendió la luz del salón-comedor.

Y, en efecto, había visto bien: todo estaba revuelto. No podía estar más claro que en el apartamento de Serge Lidovich se había llevado a cabo un registro brutal, a fondo. Lo recorrió rápidamente, encontrando en todas partes el mismo desorden. El suelo estaba lleno de objetos de todas clases, libros, ropas, utensilios de cocina, botes de conservas; los sillones habían sido destripados, todo roto, desmenuzado, abierto.

En cuanto a Serge Lidovich: ¿dónde estaba?

Tanto como esto, me gustaría saber qué han estado buscando aquí.

Miró alrededor. Parecía que todo había sido registrado. No del modo cuidadoso de quien no quiere que el propietario se dé cuenta, sino de quien busca algo con desespero, y no le importa en absoluto que el registro quede evidente.

Todo estaba tan revuelto, que le llamó la atención, de modo especial, que el armario estuviese cerrado. Se acercó, lo abrió…, y lanzó un grito mal contenido, mientras saltaba hacia atrás, palideciendo intensamente…, y dejando que el cadáver, muy despacio, fuera saliendo del interior del armario, tieso, iniciando la caída hacia el suelo.

—¡Por Dios…! —jadeó Brigitte.

Era el cadáver de un hombre. O de lo que quedaba de un hombre… Vestía los restos ensangrentados de un traje corriente, entre cuyos desgarrones se veía la carne magullada, ahora lívida, llena de enormes costras. El rostro era todavía peor. Había sido golpeado de un modo inhumano; hasta tal punto inhumano, que Brigitte se estremeció contemplándolo. Tenía un ojo reventado, la boca destrozada, con pérdida de varios dientes, una oreja casi arrancada de la cabeza, la nariz hundida… Y por encima de todo esto, una enorme y desigual costra de sangre reseca, formando como una horrenda mascarilla. Era sencillamente espeluznante.

Todo esto lo vio Brigitte en un instante. Tan breve, y con una reacción tan rápida por su parte al final, que todavía tuvo tiempo de impedir que el cadáver acabase de salir del armario y cayese al suelo, donde habría golpeado con la fuerza suficiente para provocar, quizá, la curiosidad de los vecinos…, que se dedicaban a oír música, a llevar una vida normal…

Reteniendo con dos dedos el cadáver contra el fondo del armario, la espía internacional, ya repuesta, soportó aquella imagen. La pregunta era: ¿quién era aquel hombre? La respuesta, parecía que sólo podía ser una: Serge Lidovich. Baby movió la cabeza. Podía ser cualquier otra persona, desde luego, pero…

Bip-bip-bip-bip…, sonó su radio de bolsillo.

—¿Sí? —atendió la llamada en el acto.

—Baby, acaban de entrar en el edificio dos hombres que nos resultan desconocidos. Quiero decir que en el tiempo que llevamos vigilando, no habían sido vistos por aquí.

—Entiendo. ¿Qué clase de hombres?

—No nos gustan. Usted entiende.

—Sí. Gracias por avisarme. Y otra cosa: si dentro de cinco minutos no le he llamado yo, será que estoy en dificultades, Simón. Por lo tanto, intervengan. Otra cosa: hay un cadáver aquí, dentro del armario. Yo diría que este hombre lleva muerto no menos de cuarenta y ocho horas. Antes, lo destrozaron a golpes…, según creo porque se negaba a decir dónde había escondido algo que otras personas querían, y que estuvieron buscando por todo el apartamento, dejándolo hecho un desastre. Esto es todo, por ahora.

Cerró la radio, y se acercó a la puerta del apartamento. No tardó mucho en oír las pisadas de dos hombres. Pisadas lentas, cautelosas. También oyó el tintinear de una llave.

En una fracción de segundo, en la mente de Brigitte todo quedó explicado: por supuesto, los dos hombres quizá acudían allí casualmente, pero esta teoría la desechó enseguida; lo más lógico era que hubiesen estado vigilando por allí, y que, al ver la luz en el ático, hubiesen comprendido que alguien había entrado. Puesto que Serge Lidovich era un desertor de la MVD, parecía poco probable que llegase acompañado, ya que un hombre en sus condiciones de vida no podía permitirse el enorme lujo de tener amigos, alguien en quien confiar.

Lo razonable era que Lidovich fuese el muerto, y que aquellos dos hombres que se habían molestado en estar vigilando, esperaban algo.

¿Qué esperaban?

Pues, por ejemplo, quizá que alguien, algún presunto amigo de Lidovich, fuese a verlo. Y si habían esperado significaba ni más ni menos que esperaban conseguir algo; algo que habían estado buscando por todo el apartamento, después de matar a Serge Lidovich, que pese a todo evidentemente, no había cedido a la horrenda paliza.

¿Tenía escondido Lidovich algo en el apartamento? ¿Qué podía ser…?

Los pasos se detuvieron delante de la puerta. Baby se alejó de ella inmediatamente, desplazándose a toda velocidad y en silencio hacia el dormitorio. Una vez abrió de nuevo el armario, y fue sosteniendo el cadáver de aquel hombre hasta llegar al suelo. Una vez conseguido esto, se arrodilló junto a él, volviendo la espalda a la puerta del dormitorio.

Sabía perfectamente que no la matarían. No, al menos, apenas verla, de espaldas. No, no matarían a una anciana que había llegado subrepticiamente, entrando en el apartamento con una ganzúa. Eso no sería inteligente. Y otra cosa; si ellos tenían la llave del apartamento, significaba que no eran ajenos al destrozo causado en aquel ser humano, fuera quien fuese…

Oyó las cautelosas pisadas tras ella, pero no se volvió. Aparentó estar abstraída en el registro de las ropas del cadáver. Sabía que ahora los dos hombres estaban tras ella, en el umbral del dormitorio, mirándola. Seguramente, tenían una pistola cada uno en la mano.

Siguiendo su propio juego, Baby movió la cabeza, y refunfuñó:

—Si lo hubiese tenido encima, se lo habrían quitado, claro está…

Dejó de interesarse por el cadáver, se puso en pie, se volvió…, y lanzó un fortísimo respingo al ver a los dos hombres, en la entrada del dormitorio, mirándola fijamente, y, en efecto, sosteniendo cada uno una pistola.

—¡Por favor! —suplicó la anciana—. ¡Por favor, no me maten, se lo suplico…!

Capítulo III

Los dos hombres terminaron de entrar en el dormitorio, dirigieron la mirada un instante al cuerpo tendido en el suelo, y de nuevo miraron a la anciana.

—¿Qué buscaba usted en las ropas de Lidovich...? —preguntó uno de ellos, secamente.

—Nada... ¡Nada! —gimió la anciana.

—¿Le gustaría que, dentro de unos días, alguien la encontrase a usted como usted ha encontrado a Serge Lidovich? —preguntó el otro.

—No... ¡No!

—¿Conocía usted a Lidovich?

—Bueno... Un poco, sí. En ocasiones, habíamos trabajado juntos para la MVD.

—¿Quiere decirnos con eso que usted es rusa?

—Sí... Así es.

—¿Cuál es su nombre?

—No creo que eso tenga imp...

—Le he hecho una pregunta.

—Sandra Vialef.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—La verdad es que no lo sé. En realidad, no tendría que haber venido, pero tuve curiosidad... Lidovich desertó hace tiempo de nuestro servicio, así que todos los demás lo estábamos buscando. Yo me enteré de dónde estaba viviendo, y vine aquí para ver a qué se dedicaba. Pero no le veía entrar y salir, así que pensé que quizá se había marchado ya, y entonces quise entrar a ver si encontraba algo interesante en el apartamento.

—Entonces..., ¿no sabe nada de las fotografías?

—¿Qué fotografías?

—Si pretende dárselas de lista, como Lidovich, ya ve lo que ha

pasado con él —gruñó el otro.

—No sé de qué fotografías me está hablando usted —aseguró la anciana.

—De unas que tomó su amigo Lidovich, con una cámara muy pequeña. ¡Maldita sea su estampa…! Y menos mal que uno de nosotros tuvo sospechas, y lo vigilamos. Llegamos aquí, le quitamos el encendedor, y, en efecto, dentro había una cámara fotográfica. No había ninguna foto en esta ocasión. Sin embargo, debemos suponer que Lidovich tomó las suficientes, en otras ocasiones, para que nos resulte molesta la situación. ¿Lo comprende?

Sandra Vialef meditó unos segundos, antes de responder:

—Bueno, me parece entender que ustedes sospecharon de Serge Lidovich en determinado momento, lo vigilaron, vinieron aquí, y le quitaron su microcámara. Aunque dentro de ella no había nada fotografiado en esa ocasión, ustedes temen que Lidovich sí haya obtenido fotografías en otros momentos, y —hizo un ademán abarcando su entorno— después de que lo mataron, se dedicaron a buscar fotografías.

—Así es. Pero quizá se las envió a usted, o a alguien.

—A alguien, no sé. A mí, no. Si lo hubiese hecho…, ¿para qué habría de arriesgarme yo a venir aquí? Además, ya les he dicho que Lidovich era un desertor, y yo he venido aquí sólo a ver si encontraba algo interesante, aprovechando su ausencia… Es decir, yo creía que no estaba aquí, que había escapado de nuevo. ¿Qué clase de relaciones tenían ustedes con él?

—Trabajaba con nosotros, simplemente.

—¿Recuerdas que te dije —añadió el otro— que Lidovich no me gustaba, que no parecía hombre para esta clase de trabajos?

El principal interlocutor de la anciana encogió los hombros, sin dejar de mirarla.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer con usted, abuela?

—Pues yo creo —sonrió Sandra Vialef— que lo mejor que podríamos hacer todos es seguir nuestros respectivos caminos, y… aquí no ha pasado nada.

—Sí ha pasado —gruñó el otro—. Y por eso nosotros levamos casi tres días, desde que matamos al terco de Lidovich, vigilando este edificio. Solamente usted ha venido, y es todo lo que tenemos, la única pista, la única posibilidad de saber si Lidovich tomó o no

tomó fotografías, y para qué las quería o a quién las envió.

—Les digo que, a mí, no. Ni tampoco a la MVD, Ténganlo por cierto. Por otra parte, es posible que estén equivocados.

—No lo creo. Él tenía el encendedor, y cuando comenzamos a preguntarle qué había estado haciendo, desde que ingresó en nuestro grupo, nos miró con sonrisita irónica y eso fue todo. Pese a que era él quien estaba en peligro, parecía que se estuviese burlando de nosotros.

—Duro sí lo era —masculló el otro—. ¡Pero lo pagó bien caro!

—Es evidente que ustedes no saben… «interrogar» a sus prisioneros. Se les quedó en las manos, ¿verdad?

—En efecto, abuela. Era muy flojo.

—O ustedes muy bestias —murmuró Sandra Vialef.

—Sí, es posible —sonrió el charlatán—. ¿Y sabe una cosa?: no confiamos en usted, no nos creemos nada de lo que ha dicho. O casi nada. De modo que vamos a someterla al mismo tratamiento que a Lidovich. Apuesto lo que sea a que usted no es tan dura como él.

—¿Van a maltratarme? —gimió la anciana, retrocediendo un paso.

—Sólo un poco. Hasta que nos diga la verdad de su visita a este apartamento.

—¡Ya les he dicho la verdad!

—¿De veras? Pues no la creemos, ya ve qué cosas. Y estoy seguro de qué, después de unos cuantos golpes, usted va a reflexionar adecuadamente. Sujétala bien, Dune. Y si grita, arráncale una oreja.

—No gritará, hombre —sonrió el llamado Dune—. ¿Recuerdas a Lidovich? Ni una sola queja brotó de sus labios. Y la abuela es una espía también, como Lidovich. ¿Verdad que no va a gritar, abuela?

—Les suplico…, les suplico que no me maltraten…

Dune apretó los labios, pasó detrás de la anciana, y con sus fuertes brazos le rodeó el torso, apretando los brazos contra éste. Aparentemente, todo estaba decidido; no parecía posible que una anciana pudiese encontrar recurso alguno contra un hombre alto y fuerte que la sometía a tal presa.

Pero, vivir para ver.

Y ver para creer.

La anciana comprendió que el asunto iba en serio, y que le iban

a destrozar la cara a golpes o a romperle unos cuantos huesos, y decidió que no valía la pena prolongar la situación. De modo que se inclinó hacia el lado izquierdo, bajando con fuerza este hombro, con tal habilidad y obteniendo tan buen fruto de la sorpresa, que el hombro izquierdo quedó libre, y el derecho quedó bajo la axila derecha de Dune.

El resto fue, simplemente, la ejecución de un perfectísimo movimiento de judo, el *ippon seoi nage*. La anciana asió con su mano izquierda la muñeca derecha de Dune, cerró con fuerza su brazo derecho controlando el derecho de Dune, sacó la cadera hacia su derecha, y se inclinó con fuerza, decididamente.

Vivir para ver.

Dune salió volando, casi tocando el techo, y fue a estrellarse de cabeza contra una pared, donde rebotó con tal fuerza que los cristales del apartamento vibraron; y volvieron a vibrar cuando cayó al suelo, de cabeza.

Para entonces, la anciana se había vuelto hacia el otro personaje, cuyo pasmo estaba cediendo rápidamente; pero no lo suficientemente rápido para sus conveniencias. La anciana no se anduvo con miramientos, desde luego; dio un paso hacia él, y le lanzó un puntapié tremendo entre las ingles. El sujeto lanzó un berrido mientras saltaba y se llevaba las manos al lugar golpeado. Sus ojos estaban desorbitados en el lívido rostro. Cayó de bruces, encogido, pero se revolvió rápidamente, intentó sacar la pistola…, y recibió otro punterazo, ahora en un lado del cuello. Cayó de lado, y quedó inmóvil, como muerto… La anciana se volvió, vio al otro de rodillas, sacudiendo la cabeza, apoyadas las manos en el suelo. Quedó junto a él de un salto, y su mano derecha lanzó el golpe, hacia la nuca, con potencia y firmeza.

—¡Bruufff…! —bufó Dune, cayendo boca abajo, sin sentido.

La anciana quedó como petrificada, escuchando. Ya no oía la música. Los vecinos debían haber apagado las radios, tocadiscos, televisores o lo que fuese que hubiesen tenido en funcionamiento, alarmados al oír los golpes. Ahora debían estar escuchando con toda atención, por si los golpes se repetían…

La anciana sacó la radio, y llamó.

—¿Sí? —se oyó la voz de Simón.

—Todo está bien.

—¡Estábamos a punto de subir…!

—Háganlo, de todos modos. Tenemos que buscar unas fotografías en este apartamento. Pero vayan con cuidado; ha habido un poco de jaleo aquí, y los vecinos están mosqueados. Es mejor que esperen por lo menos dos o tres minutos.

—Está bien.

—Dejaré la puerta abierta.

Cerró la radio, y se dedicó a escuchar. A los pocos segundos, volvía a oír música. Como lejana, pero demostraba que al menos uno de los vecinos había decidido que aquellos golpes habían sido fortuitos, y que no ocurría nada. Luego, su privilegiado oído captó la voz de un hombre, por supuesto un locutor… Todo iba bien. Fue a la puerta, para asegurarse de que quedaba abierta, y regresó junto a los dos sujetos.

Uno se llamaba Dune. ¿Y el otro? Pues, el otro, a juzgar por su documentación, se llamaba O'Leary. Ambos tenían su residencia en Dublín, Irlanda. Tras un instante de reflexión, Baby continuó registrando a los dos hombres, pero no encontró nada de interés. Rasgó en tiras una sábana, y los ató a ambos de pies y manos, amordazándoles.

Estaba terminando esta labor cuando llegó Simón-Edimburgo al apartamento, acompañado por dos Simones más. Los tres fueron hacia el dormitorio, y uno de ellos, en silencio, sustituyó a Baby en la tarea, mientras el primero decía:

—Parece que no va a ser fácil encontrar esas fotografías, ¿verdad?

—Me parece que será todo lo contrario —frunció el ceño la anciana Sandra Vialef.

—¿Qué quiere decir?

—Es muy posible que yo sepa dónde están esas fotografías.

Explicó rápidamente lo que sabía. Luego, tomó una sábana, y salió a la terraza. Ayudada por Simón, extendió la sábana en el suelo, y luego, fue mirando las macetas que contenían plantas y flores.

—Es una corazonada nada más —se disculpó—, pero mis corazonadas han dado resultado muchas veces. Con cuidado, no quiero estropear las plantas y las flores, Simón.

—Bueno…, ¿qué tenemos que hacer, en definitiva?

—Buscar dentro de los tiestos. O debajo. Si hay que sacar la planta, se hace con cuidado, todo a la vez, sin que la tierra se desprenda de las raíces… ¿Sabrán hacerlo?

Supieron hacerlo. Y, en efecto, dentro de una de las macetas, Simón II encontró una bolsa de plástico. La limpió de tierra, y la tendió a Baby, todavía pasmado, como los otros dos. La anciana les miró, sonriente, y dijo:

—No es aceptable que un espía que ha desertado y anda escondiéndose se dedique a cuidar flores. Si lo hacía, tenía que ser por algo. Y era por algo; tenía dentro de una maceta su fichero. Vamos a ver qué fichero tenía Serge Lidovich, y qué podemos obtener de él.

Aparentemente, no iban a obtener nada. Habían fotografías, unos tres mil dólares U. S. A., un pasaporte americano a nombre de John Caldwell Mayne, y unas llaves.

—Las llaves quizá sean de alguna caja de alquiler —musitó Baby —. Posiblemente, de Suiza. En cuanto al dinero y al pasaporte, no cabe duda de que Lidovich pensaba instalarse en Estados Unidos, con el nombre de John Caldwell Mayne. Vean: ésta era la cara de Lidovich, antes de que se la destrozasen. Quiero decir que supongo que es Lidovich este que consta en este pasaporte americano… ¿Dirían que esta fotografía se parece a lo que queda del muerto?

—Francamente —movió la cabeza Simón III—, yo no lo juraría. Lo han hecho trizas. Pero lo lógico es que sea Lidovich, claro.

Baby asintió, y estuvo unos segundos contemplando la fotografía del agente secreto ruso, que había desertado. Había sido un hombre de unos cuarenta años, cabeza redonda, gesto apacible, rasgos suaves, frente despejada, incluso avanzada calvicie… Una persona que no parecía capaz de hacer daño ni a una mosca, como se dice vulgarmente. Sus ojos eran claros, como de niño maravillado. Sobre la ceja derecha se veían tres pequeños lunares, formando un pequeño triángulo. Era el rostro redondo y apacible que pudiese tener el más apacible de los seres inofensivos de este mundo.

—Con una cara así —sonrió, de pronto, la anciana—, uno puede engañar a cualquiera. ¿Quién diría que este hombre estuvo aprendiendo espionaje nada menos que en la escuela rusa de Kichino?

—Pues eso lo dirían las mismas personas que fuesen capaces de

imaginar que una «anciana» como usted se ha cargado limpiamente dos sujetos como O’Leary y Dune.

—Cierto —asintió, sin dejar de sonreír, la anciana—. Bueno, vamos a hacer una pequeña identificación con ese cadáver. Vea si tiene estos tres lunares sobre la ceja derecha, Simón.

Simón-Edimburgo miró la fotografía de John Caldwell Mayne, asintió, y abandonó la terraza, hacia el dormitorio. A la luz que llegaba, procedente de éste y del comedor-salón, Baby examinó brevemente, por el momento, las fotografías. Había nada más que siete, y estaban reveladas y por supuesto ampliadas de una tira de microfotos, que también estaba en el sobre.

De las siete fotografías, dos habían sido tomadas en el exterior, teniendo como escenario una calle que Baby desconocía. El contenido de las dos fotografías era prácticamente el mismo; un cura descendiendo de un autobús. La tercera fotografía, mostraba al cura caminando por otra calle. La cuarta, lo mostraba saliendo de un hotel. Baby estaba segura de que aquella entrada sólo podía corresponder a un hotel, pero no encontró dato alguno que identificase el hotel en cuestión. Las otras tres fotografías mostraban al cura dentro de un restaurante, sentado a una mesa en compañía de tres hombres más. Pero el cura no llevaba entonces traje negro y alzacuellos, sino que vestía corrientemente, de seglar, sin nada que lo diferenciase del resto de las personas.

Sólo que había algo que, desde el primer momento, identificaba muy bien al cura: la cicatriz. Tenía una larga, fina y extrañamente afiligranada cicatriz en la mejilla derecha, desde debajo de la oreja hasta la punta de la barbilla, pasando muy cerca del pómulo y tocando la comisura de la boca. Era una personalísima y extraña cicatriz, sin duda alguna. Por lo demás, el hombre era normal y corriente, de unos cincuenta años, cabello rizado y abundante, cejas espesas e hirsutas, ojos oscuros, rostro afable…

—Es imposible ver si tiene esos lunares —dijo Simón, acuclillándose junto a Baby—: la verdad es que Lidovich no ha tenido una muerte muy dulce. Muerte de espía, eso sí.

—¿Conoce a alguien de estas fotografías? —se las tendió la anciana.

Simón las examinó, y movió negativamente la cabeza. Las pasó a los otros dos Simones, que también negaron con el gesto.

—Sin embargo —dijo Simón III—, quizá podríamos saber quiénes son en muy poco tiempo, enviando estas fotos a Londres, a nuestra *Station* de allá. Utilizando nuestros canales aéreos, mañana por la mañana tendríamos una respuesta.

—De acuerdo. Yo me quedaré los negativos, por si se perdiesen las copias…, cosa que no debe suceder. Coloquen todo esto tal como estaba, por favor. Que no quede tierra en la terraza. Toda debe quedar en la sábana. Y nos llevaremos la sábana.

—No quiere que nadie sepa que hemos removido estos tiestos, ¿verdad?

—Exactamente. Y mucho menos me interesa que sepan que hemos encontrado las fotografías. A todos los efectos, en el supuesto de que tuviésemos que dar explicaciones a alguien, nosotros no hemos encontrado nada. Simplemente, cuando esos sujetos despierten, tienen que creer que han sido engañados por una anciana que se ha dado a la fuga…

—Uno de ellos se estaba recuperando —dijo Simón—. Si nos ve, ya no creerá nada de eso.

—Hagan lo que les he dicho —señaló Brigitte las plantas y los tiestos.

Entró en el dormitorio, donde, en efecto, Dune parecía estar regresando de viaje a las tinieblas. ¡Pobre Dune…! Recibió un punterazo en el lado derecho del cuello, y volvió a emprender el negrísimo viaje. No fue un punterazo fuerte, brutal; simplemente, bien aplicado. Baby se aseguró de que también O'Leary estaba sin sentido, y colocó en los bolsillos de ambos sujetos todas sus cosas, como si no las hubiese tocado.

Luego, se quedó mirando el cadáver del hombre del armario y movió la cabeza con gesto triste.

—Lo siento, colega —musitó—, pero no puedo ocuparme de ti. No sé qué harán estos dos asesinos, pero a mí, por el momento, no me interesa matarlos, ni enfrentarme a ellos. Prefiero hacer las cosas por el camino fácil, si es posible.

Se quedó mirando al pobre Serge Lidovich. ¿A cambió de qué había entregado su vida? Porque, indudablemente, Serge Lidovich había preferido soportar la paliza que le había costado la vida, antes que decir dónde tenía escondidas las fotografías y el pasaporte. Muy importante tenía que ser el asunto, realmente, para que Lidovich

hubiese adoptado aquella actitud. Lo sensato en un espía profesional es confesarlo todo cuanto antes, pues sabe que sólo así se ahorrará muchos malos ratos…, que de nada le habrán servido, ya que al final habría confesado de todos modos. Nadie resiste tanto que no acabe confesando. Y sabiendo esto…, ¿para qué resistirse al principio? ¿Para que le destrocen a uno la cara, o las manos, o le corten las orejas…?

Sin embargo, Serge Lidovich había tenido el coraje de resistir hasta la muerte. O quizá, como era más probable, la muerte le había sobrevenido en determinado momento, por colapso cardíaco, cuando él creía que aún podría resistir más… Sí, debía ser eso. Serge Lidovich, entonces, debía haber estado ganando tiempo… Tiempo…, ¿para qué? ¿Para que llegase Baby?

La anciana se incorporó, y fue a reunirse con los Simones a la terraza. Les ayudó a que todo quedase impecable allí, y luego, con la debida discreción, todos abandonaron el apartamento ático del 23 de Bramdean Rise.

Debían ser las once de la noche cuando la señorita Brigitte Montfort, que estaba leyendo en su *suite* del Caledonian Hotel, dejó a un lado el libro de poemas *The lady of the lake*, de sir Walter Scott, y atendió la llamada que estaba sonando en su pequeña radio.

—¿Sí?

—Hola. Supongo que no estaba dormida.

—Claro que no. Estaba leyendo poemas de Walter Scott.

—Ah… Muy adecuado, naturalmente, ya que Walter Scott nació en Edimburgo…

—Por eso lo hacía, en efecto —rió la divina, divinísima espía internacional—. ¿Hay alguna novedad, Simón?

—En efecto. Bien, ante todo, y tal como se convino, las fotografías están ya camino de nuestra *Station* de Londres. Luego, tal como usted tan bien vaticinó, los dos pájaros salieron volando del nido hace poco más de cuarenta minutos. Parece que les costó lo suyo desprenderse de las ligaduras hechas con tiras de sábana.

—¿Estaban asustados? —rió de nuevo Brigitte.

—Me parece que un poco. Naturalmente, al despertar y encontrarse maniatados, debieron pensar que usted los había dejado así para que fuesen recogidos por amigos de usted, esto es, nada

menos que por hombres de la MVD. Así que, en cuanto consiguieron soltarse, salieron como disparados de la casa. Tenían un coche muy cerca parado.

—Ya. ¿Adónde han ido? ¿Lo sabemos?

—Por supuesto. Están en el barrio de Portobello, al Norte de la ciudad, en la playa; exactamente, en el número 6 de Regent Lane. Es una casita de planta baja y un piso nada más. Han dejado el coche delante, han entrado, y eso es todo. No hemos visto a nadie, pero sabemos que había alguien dentro cuando ellos llegaron, porque ya estaba encendida la luz.

—Entiendo. Bueno, me parece que algunos de ustedes no van a pasar una noche precisamente divertida.

—No importa. Ni siquiera una mosca va a poder entrar o salir de esa casa sin que nosotros la veamos. Se lo prometo. ¿A qué hora la llamo por la mañana para el informe, si no ocurre nada urgente durante la noche?

—Casi me remuerde la conciencia, Simón. Yo durmiendo, y ustedes trabajando…

—Lo absurdo sería lo contrario. Además, usted es nuestra reina. ¿Cuándo se ha visto que la reina trabaje y los peones descansen?

—Supongo que nunca. Pero no estamos viviendo en un panal, Simón.

—¡Ya lo creo que estamos viviendo en un panal, ahora que usted ha llenado de dulzura Edimburgo!

—Santo cielo… ¡Muchas gracias, Simón! —rió de nuevo la espía.

—Gracias a usted, por estar aquí. Buenas noches.

—Buenas noches…

—¡Eh, que nos olvidamos! ¿A qué hora la llamo?

—Llámeme cuando a usted le parezca conveniente; así de sencillo. Adiós, Simón.

Brigitte cerró la radio, y la dejó sobre la mesita de noche. Luego, se quedó mirando dubitativamente el libro, pero acabó por apagar la luz y cerrar los ojos. Segundos después, estaba dormida.

Capítulo IV

Estaba fumando el primer cigarrillo del día, y contemplando El Castillo desde la ventana de su *suite* cuando sonó la radio, con su suave bip-bip-bip-bip. Se acercó a la mesita de noche, tomó la radio, y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Buenos días.

—Hola, Simón —sonrió Brigitte—. ¿Alguna novedad?

—Efectivamente. Adivine quién ha salido hace unos minutos de la casa donde corrieron a refugiarse Dune y O'Leary.

—Veamos… ¿El hombre de la cicatriz?

Al otro lado se oyó el fuerte respingo de Simón.

—¡Por todos los demonios! —exclamó acto seguido—. ¿Cómo ha podido saber eso?

—Digamos que mi cerebro ha funcionado como una computadora con suficientes datos. Por su modo de preguntarlo, tenía que ser alguien a quien yo conociera. Evidentemente, no podía ser el pobre Lidovich. Tampoco habría tenido sentido que usted diese importancia a que de la casa saliesen Dune y O'Leary. ¿A quién más conozco yo? Pues, a los cuatro hombres que salen en las fotografías. ¿Cuál es el más llamativo de ellos, y al que Lidovich le tomó fotografías en solitario, descendiendo de un autobús, caminando por la calle, saliendo de un hotel, sentado a una mesa con tres hombres más…?

—El cura, claro —refunfuñó Simón—. Esto es, el hombre de la cicatriz, porque sepa que tampoco en esta ocasión viste de cura.

—Podemos preguntarnos, entonces, cuándo está mintiendo; si cuando viste de cura o cuando viste de paisano.

—Un tipo con esa cara no puede ser cura.

—¿Con esa cara…? Oh, bueno, usted se refiere a la cicatriz, claro. Esperemos que ninguno de nosotros tenga que ir en el futuro

con tan fea señal, pero, Simón, una fealdad así no significa nada. Cualquiera puede tener un accidente. Bien, tenemos que el cura ha salido de la casa de Portobello. ¿Ha llegado ya a su destino o lo están siguiendo todavía?

—Lo estamos siguiendo. Sólo quería saber si la avisamos en cuanto llegue a algún sitio determinado o le vamos dando cuerda todo el día a ver qué hace y con quién se entrevista, y la avisamos a usted al final.

Brigitte estuvo pensativa unos segundos, antes de murmurar:

—Limítense a vigilarlo y a tomar nota de todo, mientras él no entre en contacto con nadie. En cuanto lo haga, sí, deberán avisarme, y ya veremos entonces qué decido. ¿Qué hay con Dune y O'Leary? ¿Ésos no han salido?

—No. Seguimos vigilando la casa, pero —se oyó la risa de Simón— yo creo que, después de ser vapuleados por una anciana que sin duda tiene docenas de amigos de la MVD muy cerca de ella, han decidido permanecer en la sombra, durante una buena cantidad de tiempo.

—Sí, es lo más prudente. Tengan cuidado, Simón.

—Descuide. Le llamaré en cuanto suceda algo de interés.

—Perfecto. Hasta entonces.

Hacia las cinco y media de la tarde, Brigitte Montfort entró en el elegante *pub*, y fue directa a la mesa donde la esperaba Simón-Edimburgo. Era un bar muy agradable, lujoso, de ambiente tranquilo. Una gran puerta de madera a cuarterones lo aislaba del rumor del tráfico en Johnston Terrace, prácticamente al pie de El Castillo.

—A mí me parece esto una imprudencia —musito Simón, apenas se hubo sentado Brigitte.

Aunque ya no sabía si era Brigitte o no era Brigitte. Tampoco era una anciana. Ahora, la espía internacional era una rubia llamativa, de cuerpo espléndido, ojos verdes de mirada descarada, y modales un tanto exagerados, de los que, sin remedio alguno, tienen que atraer las miradas de los hombres. Cualquier hombre normal no podía dejar de mirar cómo movía la rubia las diversas partes de su cuerpo, a cada gesto o paso.

—Quien algo quiere, algo le cuesta —dijo Baby—. Yo quiero

algo, algo he de pagar. ¿Siguen reunidos?

—Sí. Están a la derecha de usted, hacia el fondo del local.

La rubia encendió un cigarrillo, mientras miraba hacia el lugar indicado por Simón. En efecto, allá estaba el hombre de la cicatriz, quien, por fin, después de un día de paseos por la ciudad, y de almorzar solo, y de asistir a una función de cine, se había encontrado en aquel *pub* con los tres hombres que ya aparecían con él en la fotografía que Serge Lidovich les había tomado en el restaurante.

—Vistos. Hablemos de esas noticias llegadas de Londres… Y de la fotografía de Serge Lidovich.

—¿Por dónde empezamos?

—Por Lidovich.

Simón había sacado un sobre, del cual extrajo dos fotografías que deslizó por la mesa hacia Baby. Se sentía terriblemente incómodo, como atrapado, y no acababa de entender que una espía de la experiencia de Baby le citase allí para cambiar información, teniendo a menos de siete u ocho metros al hombre de la cicatriz y sus tres amigos desconocidos.

Por su parte, Baby sólo echó un vistazo a las dos fotografías. Correspondían, efectivamente, al hombre del pasaporte, al llamado John Caldwell Mayne, es decir, a Serge Lidovich en el pasaporte americano que el espía ruso había conseguido. Baby las devolvió, también deslizándolas sobre la mesa, y comentando:

—Por lo menos, ya estamos seguros de algo, ¿no? Y podemos decir que nuestros compañeros de Moscú han trabajado de prisa y bien. Lo de Lidovich, zanjado. Hablemos ahora del hombre de la cicatriz… ¿No tienen en Londres ninguna duda respecto a su personalidad?

—Ninguna en absoluto. Fue identificado inmediatamente. Es un hombre muy conocido en Irlanda entera. Hace años que presta sus servicios religiosos en la Christ Church Cathedral de Dublín. Hombre de fácil palabra, clara inteligencia, vastísima cultura, don de gentes… Un religioso de importancia en Irlanda, un cura… moderno, actual, de gran poder persuasivo, dinámico, capaz de comprometerse en iniciativas útiles de toda clase. Su nombre es Patrick O’Hara.

Baby estaba en verdad sorprendida. Tras escuchar atentamente a

Simón, parpadeó, y musitó:

—¿Y qué hace un hombre así viviendo en la misma casa en la que viven dos asesinos como Dune y O'Leary?

—Eso no es todo —Simón estaba más inquieto a cada instante—. De los tres hombres que están con él, dos son desconocidos, por el momento. El tercero, el más bajo, de hombros anchos y cabellera que parece la melena de un león, no es desconocido en Londres, ni mucho menos. Su nombre es Noah Frush, y es uno de los… oficiales más activos, rudos e implacables del IRA.

—¿Del Ejército Republicano Irlandés? —casi respingo Brigitte—. ¿Y qué hace aquí?

—Por supuesto, nada bueno.

—Pero… ¿qué puede tener que ver un cura con un oficial del IRA?

—El hecho de que esos dos hombres tengan relaciones, es verdaderamente sorprendente. Cuanto menos, en estas circunstancias de misterio, clandestinas. Está claro que para sus reuniones han decidido estar lejos de Irlanda, lo que indica un deseo de no ser reconocidos. Desde luego, están tramando algo. Considerando la desagradable situación que hace tiempo se sostiene en Irlanda del Norte, yo me preocuparía por la presencia del cura y del tipo del IRA en Escocia. Naturalmente, usted sabe cómo está la situación en Irlanda del Norte ¿no es así?

—Dígamelo usted —sonrió la rubia.

—Bueno. Veamos, el IRA quiere que Irlanda del Norte sea anexionada a Irlanda, es decir que desaparezca el Ulster, que haya una sola Irlanda. Como es lógico, toda Irlanda desea lo mismo. Pero en el Ulster hay muchos habitantes que no son propiamente irlandeses, sino descendientes de escoceses; éstos son protestantes, mientras que los irlandeses y los hombres del IRA, claro está, son católicos. Los católicos del Ulster quisieran que el Ulster fuese libre, no que continuase bajo la férula de Inglaterra. El IRA quiere que el Ulster sea irlandés de una vez por todas, sin más complicaciones. Y los descendientes de escoceses, que son los más fuertes, son los que, partiendo de Belfast, están luchando para que el Ulster siga siendo el Ulster, independiente de Inglaterra, sí, pero nada de unirse a Irlanda… Total, que eso ha dado lugar a que todos anden a bofetadas hace años. ¿Es correcta mi explicación?

—Más o menos. De lo que usted ha dicho, se desprende que los irlandeses y los escoceses, cuando menos los del Ulster, no son precisamente amigos.

—Yo diría que no —gruñó Simón.

—Entonces, efectivamente, debemos suponer que el cura no ha venido a Escocia para nada bueno. ¿Es posible eso en un hombre como él?

—Según el informe recibido, y que tengo a su disposición, el cura Patrick O'Hara jamás haría nada que atentase contra vidas o derechos humanos. Pero… ¿cómo podemos estar seguros de lo que hará una persona en determinado momento? Francamente, teniendo en cuenta que el padre O'Hara está en compañía de un bicho como es Noah Frush, yo no estaría muy tranquilo, respecto a los motivos de su estancia en Edimburgo.

La rubia permaneció silenciosa, fumando. A su derecha y más adelante, en la mesa, los cuatro personajes seguían hablando, en tono bajo. Habían servido dos *whiskys*, y Brigitte bebió un sorbito de uno…

—Hablemos de nuevo de los niños… ¿Dónde puede haber más niños durante estos días de fiesta en Edimburgo, Simón?

—Es imposible señalar un lugar determinado, lo siento de verdad.

—Entonces quiero que me prepare una lista de los lugares donde pueda haber muchos niños, en un momento determinado.

—Está bien. Pero es un trabajito que… ¡Cuidado! Están poniéndose en pie, van a marcharse…

Brigitte no dijo nada. Bebió otro sorbito de *whisky*, sin mirar al grupo de cuatro hombres, pero *viéndolos*. Y así, sin mirar, pero viendo, se dio cuenta de que sólo tres se apartaban de la mesa, tras varios apretones de manos. Cuando Simón lo dijo, ella ya lo sabía:

—El cura se queda.

—Yo me encargaré de él. Usted siga a los otros tres.

—¿Está bromeando? —palideció Simón—. ¡Se van a dar cuenta de la maniobra con toda facilidad!

La espléndida rubia se puso de pie, inesperadamente, y en su lindo rostro apareció una mueca de furia.

—Pues no estoy dispuesto a soportarlo más, ¿te enteras?

—Pe… pero… —tartamudeó Simón.

—¡Tú y tus puercas fotografías! ¡Se acabó, no pienso posar más para ti! ¡Si quieres hacer esa clase de negocios, búscate otra estúpida que te aguante!

Simón-Edimburgo comprendió entonces, y se puso en pie furiosamente.

—¿Quién te has creído que eres? —alzó también la voz—. ¿Quizá *miss* Universo?

—¡Yo no sé quién soy, de acuerdo, pero sé que tú eres un cerdo!

—¡Y tú eres una…!

—¡Déjame en paz, maldito seas…! ¡Largo de aquí!

—¡Con muchísimo gusto, puta fina! ¡Hasta nunca!

—¡Así sea, mal nacido!

Simón-Edimburgo sacó unos billetes, los tiró sobre la mesa, y tras recoger todo el material con gesto furioso, se dirigió hacia la puerta, adelantándose incluso a los tres hombres que acababan de separarse de Patrick O'Hara. La rubia quedó de pie ante la mesa, congestionado el rostro, temblándole los labios de furia.

Alrededor, todos la miraban, fríamente. Por supuesto, aquél no era el lugar adecuado para una discusión de aquel tipo, y todos mostraban gélidamente su disconformidad. De pronto, Baby bajó la cabeza, se sentó, y estuvo así un par de minutos, inmóvil. Cuando volvió a mirar alrededor, parecía que había sido olvidada, y, por supuesto, no quedaba ni rastro de Simón ni de los tres amigos de O'Hara.

La rubia se movió muy despacio, como temiendo llamar la atención, para terminarse el *whisky*. Cuando volvió a mirar alrededor, todo estaba en calma. Nadie la miraba…, excepto el solitario hombre de la cicatriz. La rubia le obsequió con una tímida sonrisa, que fue levísimamente correspondida. Los oscuros ojos del padre Patrick O'Hara parecían pintados, tan inmóviles estaban.

De nuevo miró la rubia alrededor, vaciló, miró otra vez a O'Hara… Por fin, se puso en pie, y se acercó a la mesa discretamente situada, y ahora ocupada sólo por el hombre de la cicatriz.

—Perdone —murmuró—. ¿Puedo sentarme con usted?

—¿Para qué? —se sorprendió O'Hara.

—Tengo algo que pedirle… ¡Es muy poca cosa!

Las cejas del cura vestido de paisano se fruncieron. Pero acabó

por mover afirmativamente la cabeza.

—Siéntese —murmuró.

—Gracias —la rubia se sentó frente a él, le miró, y sonrió simpáticamente—. Si le molesto demasiado, dígamelo, pero es usted el único hombre que está solo aquí, de modo que es el único que puede ayudarme.

—Si se trata de…

—No, no, no se trata de ir a la cama, se lo aseguro. Por la discusión con James, quizá usted haya pensado cosas muy equivocadas de mí.

—No sería el único —sonrió amistosamente O'Hara.

—Claro… Sí, es natural. Bueno, en realidad, James y yo nos hemos peleado otras veces, pero no con esta violencia. ¡Estoy harta de que me haga fotografías desnuda, y películas, y todo eso, y luego se dedique a venderlas por ahí…! Es un maldito cerdo, ¿comprende?

—Sí, más o menos, me estoy haciendo una idea.

—Bien… El caso es que cuando James se pone violento… La verdad es que no me sorprendería que estuviese esperándome fuera, dispuesto a partirme la cara. Es un matón… Aquí no ha querido complicarse la vida, porque hay mucha gente, pero en la calle es capaz de hacerme trizas, antes de que nadie tenga tiempo de intervenir. ¿Lo comprende?

—Sí. Y quizá no me ha mirado usted bien: no soy precisamente el héroe que puede salvarla de su apuro.

La rubia alzó las cejas, como sorprendida, y de pronto, se echó a reír.

—¡Ha tenido gracia eso que ha dicho!

—No veo por qué —sonrió el cura—: ya ve que no son músculos lo que me sobra.

De nuevo rió la rubia, mirando cada vez con más atención al padre O'Hara. Sí, parecía tener unos cincuenta años, su cabello era abundante y rizado, sus cejas espesas e hirsutas, los ojos oscuros y el rostro afable… Habría resultado casi infantil, y desde luego bondadoso, si no hubiese sido por aquella terrible cicatriz que parecía pasearse por el rostro, con escalofriante saña. En cuanto al cuerpo, realmente, Patrick O'Hara no era un gladiador. Más bien rechoncho y no demasiado alto, hombros algo caídos…

—No le gusta mi cicatriz, ¿verdad? —susurró de pronto, él.
—¿Qué…? —respingó la rubia.
—Mi cicatriz. Es horrible, ¿no es cierto?
—No.
Patrick O'Hara parpadeó.
—¿No?
—Claro que no. Le deja un poco feo por ese lado, pero no tiene nada de horrible. Mire, señor, yo no entiendo de arte, pongo por caso, pero de hombres entiendo más que los escoceses de dinero. Usted es un tipo simpático y agradable, se lo juro.
—¿Pretende tomarme el pelo?
—¿Para qué demonios quiero yo su pelo? —gruñó la rubia.
—Es verdad —rió O'Hara—. ¡Tiene usted una cabellera más bonita que la mía! ¿No le parezco horrible?
—Que no, hombre. Mire, si se me va a poner pesado con eso, mejor me busco otro héroe. Lo de que usted queda feo con esa cicatriz, de acuerdo. Pero no me venga con llantos. Y otra cosa: ¿por qué tendría yo que decirle a usted que me parece simpático y agradable? ¿Acaso me ha invitado a cenar, pongo por caso?
—Podría hacerlo —musitó O'Hara.
Ella ladeó la cabeza, y se quedó mirándolo con los ojos entornados.
—¿En su casa? —sonrió, de pronto.
—Mis intenciones no…
—Entiendo. Es usted casado, claro. Bueno, no se le puede pedir a un hombre que sea perfecto en todo. ¿Sabe cuál es mi problema en estos momentos?
—Su cara; teme que su amigo se la rompa.
—Sí. Ese es el problema inmediato. Pero luego tengo otro, y no es pequeño; si logró escapar de James, no tengo adónde ir, porque el muy puerco me ha dejado sin un chelín, y si voy al apartamento esta noche, seguro que me mata… ¡Me mata, se lo juro!
—Hay muchos hoteles en Edimburgo.
—¿Y dan alojamiento gratis?
—No —rió de nuevo O'Hara—. No lo creo. Pero cuando las cosas pueden arreglarse con dinero, el problema es siempre mínimo.
—Fantástico —exclamó la rubia—. ¡Usted es un tipo con dinero, eso se nota enseguida!

—No soy rico —rechazó O'Hara—, pero puedo arreglar pequeñas situaciones molestas.

—¿A cambio de qué?

—De nada. ¿Le parece bien veinticinco libras?

La rubia estaba mirando, magistralmente estupefacta, a Patrick O'Hara.

—¿Me va a dar usted veinticinco libras a cambio de nada?

—Espero poder remediar su molesta situación, con ello.

Con gesto en verdad gracioso, cómico, la rubia se frotó los ojos, como quien está despertando de un profundo sueño. Luego se quedó mirando a Patrick O'Hara. Y de pronto, dijo:

—Buenos días, señor. Debo haberme dormido. Estaba soñando que me hallaba en Edimburgo, y que discutía con un amigo llamado James y que el muy bestia…

O'Hara volvió a reír, esta vez más sonoramente que las anteriores.

—¡Usted es una chica con chispa! —exclamó—. Vamos, no hace falta que alarguemos más la situación. Le voy a dar veinticinco libras, y asunto terminado. Si quiere que le diga la verdad, he pasado un rato de lo más divertido.

—¿Quiere decir que no cree que James me esté esperando para romperme la cara?

—Eso es otra cosa —frunció el ceño el cura—. Será mejor que nos aseguremos de que su cara va a seguir entera, al final de esta divertida jornada. ¿Dispuesta a salir?

—Dispuesta al sacrificio. ¡Si usted tuviese una pistola, podríamos meterle el miedo en el cuerpo a James!

—Olvídelo. Ya le he dicho que no soy ningún héroe. Pero, de todos modos, vamos a probar a salir con vida de este lugar.

—¿Y no va a acompañarme al hotel?

—Su actitud, jovencita, es la de una maníaca sexual. Debo admitir que es usted tan hermosa que cualquier hombre cometería… alguna que otra barbaridad, con tal de tenerla en sus brazos, pero no es ése mi estilo.

—¿Quiere decir que no le gustan las mujeres?

—Digamos que esta noche no me siento inclinado hacia esa clase de asuntos. Por otra parte, usted no se me está ofreciendo, ¿verdad?

—No —musitó la rubia—. No.

—Entonces salgamos de aquí. ¿Cuál es su nombre?

—Lili… Lili Connors. ¿Y el suyo?

—Llámeme Augustus. ¿Salimos?

Afuera, en la calle, no había peligro alguno. Al menos, no el que hubiera representado la presencia del llamado James. Así pues, sin ninguna complicación, Augustus y Lili pudieron alejarse y, poco después, era él quien se despedía, después de doblar unos billetes y ponerlos en una mano de ella.

—Buena suerte, Lili. Y mejor suerte en la elección del próximo amigo.

Ella miró un instante los billetes, y luego, muy seria, al hombre de la cicatriz.

—Augustus, espere… ¿No vamos a volver a vernos?

—No me parece necesario.

—Oh, sí… ¡Sí!

—Dígame para qué.

—Pues para…, ¡para devolverle este dinero!

—No es necesario.

—¡Sí, lo es para mí!

—Bueno… Dígame a qué hotel va a ir, y quizá la llame un día de éstos…

—No sé a qué hotel voy a ir. Dígame usted a mí dónde puedo llamarle, y lo haré en cuanto pueda devolverle el dinero… ¡Le aseguro que seré discreta! Nadie podrá nunca sospechar… cosas que por otra parte no han sucedido. Estoy tan… desconcertada, me parece todo tan increíble… que ni yo misma lo creo. Hasta ahora, todos los hombres que se me han acercado han querido lo mismo. ¡Es usted verdaderamente extraño, diferente!

—Desde luego —susurró O'Hara, pasándose un dedo por la cicatriz.

—¡No me refiero a eso! ¡Vamos, no sea obsesivo! ¡A mí no me importa esa tonta cicatriz, y quisiera… poder agradecerle de alguna manera lo que ha hecho por mí! No el dinero, que podría haberlo conseguido de cualquier manera, sino su…, su estilo, su clase, y su amabilidad.

Patrick O'Hara movió la cabeza con gesto de derrota.

—Espero que no tengamos necesidad de volver a vernos. Pero si

en algo puedo ayudarla otra vez, llámeme al 225 39 48. Adiós, Lili.

—Adiós… Adiós, Augustus.

Capítulo V

El coche se detuvo junto al bordillo, y la rubia entró en él, al asiento de atrás. Allí estaba Simón-Edimburgo, que la acogió con una sonrisa de satisfacción. También Simón III, al volante del coche, se volvió para mirar sonriente a Baby.

—Nos estamos preguntando cómo se las arregla usted, pero está montando un rompecabezas extraordinario, donde hace un día no existía nada… Es de suponer que en cualquier momento obtendremos una solución.

—No estoy muy segura de entenderle, Simón —alzó las cejas la rubia.

—Él se lo explicará mejor —señaló Simón III a Simón I.

Se dedicó a conducir, mientras Simón I, esto es, Simón-Edimburgo, en un rapto de entusiasmo, daba una palmada en una rodilla a Brigitte.

—¡Algo tiene que salir de todo esto, seguro!

—Diría que está usted eufórico, Simón, pero sigo sin entender lo que ocurre.

—¿Ha cenado usted bien?

—Muy bien, gracias. Pero estaba deseando quitarme esto… Hace demasiado calor, incluso en Edimburgo.

Se quitó la peluca rubia, y luego, con rapidez, pero cuidadosamente, las lentillas de contacta de color verde. Lo guardó todo en el maletín forrado de raso negro, y suspiró.

—¿Y bien? —inquirió.

—Dígame primero cómo le ha ido con O'Hara.

—Es un hombre… amable. Y generoso. Me ha dado veinticinco libras para que escape de las garras de mi pérfido amante, y me busque un hotel para esta noche. También tengo su número de teléfono. Supongo que corresponde a la casa de Portobello.

—¿Cuál es el número?

Brigitte lo dijo, y Simón asintió. En efecto, ése era el número de la casa de Regent Lane, número 6. Acto seguido, Brigitte explicó con pormenores la conversación sostenida con Patrick O'Hara, hasta su despedida. Luego, había paseado, había cenado, se había asegurado de que nadie le estaba vigilando, y tras concertar la cita por medio de la radio con Simón, había acudido. *Voilá!*

—Parece que no es un hombre de buena fe, ¿verdad? —murmuró Simón-Edimburgo.

—Lo parece.

—Sin embargo, se hace llamar Augustus, cuando en realidad se llama Patrick O'Hara. En cuanto a sus tres amigos, también están utilizando nombres falsos. Por lo menos, uno de ellos, el del IRA. Bien sabemos que su nombre es Noah Frush; sin embargo, él está inscrito en el Cranston Park Hotel con el nombre de William Karr. Los otros dos están inscritos con los nombres de Leonard Sanders y Peter Newey.

—Eso quiere decir que usted pudo seguirlos con dificultad.

—Exactamente. Otra cosa. El hotel en el que están alojados los tres, el Cranston Park, es el que aparece en una de las fotografías que tenía escondida en una maceta el pobre Lidovich. ¿Recuerda que en una de las fotografías, O'Hara sale de un hotel?

—Claro. ¿Es el Cranston Park?

—Exacto. Lo cual significa que, además de verse en lugares más o menos discretos, O'Hara no tiene inconveniente en visitar a esos tipos en el hotel. Se supone que sería en un caso de necesidad absoluta, de urgencia.

—Para las urgencias existe el teléfono.

—Lo he pensado —asintió Simón, satisfecho—. Y sólo hay un motivo que pueda obligar a gente tan cuidadosa a una entrevista personal, en situación que debe resultarles comprometida: la entrega o la recogida de algo. Quiero decir que, o bien O'Hara fue a entregar algo a Frush y los otros dos, o fue a recoger algo que ellos tenían para él.

—Parece evidente. Bien, según parece, tenemos controlada la situación en su mayor parte. Tenemos localizado a O'Hara y a sus dos amigos asesinos, así como al oficial del IRA, Noah Frush, el cual está alojado en un hotel con otros dos amigos. La pregunta es: ¿qué están tramando? ¿Qué supo de ellos Serge Lidovich para que

prefiriese morir antes que permitir que la pista que había conseguido de ellos se perdiese?

—¿Sugiere usted que Lidovich la llamó para decirle lo que estaban tramando esta gente, y que, cuando fueron por él, prefirió morir a privarle a usted de la pista que él había conseguido?

—Yo diría que eso es indiscutible, Simón.

—¡Pues vaya unos… unas narices que tenía ese ruso!

—Y desde luego, sabía muy bien lo que se podía esperar de la agente Baby. Pero la pregunta sigue en pie: ¿qué están tramando?

—Tengo un programa general de los festejos de Edimburgo, durante estas tres semanas de Fiesta Internacional. He pensado que quizá usted sacaría algo en claro estudiándolo.

—De acuerdo. Me lo llevaré al hotel.

—Queda una última cosa —musitó Simón-Edimburgo.

—¿Cuál? —le miró vivamente Brigitte, guardando el programa de festejos.

—Ha llegado una notificación radiada de nuestra base en Londres. ¿Sabe usted quién es lord Stephenson?

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Baby.

—Salvo que las cosas hayan cambiado, *lord* Stephenson es algo así como el jefe absoluto de los agentes secretos británicos en movimiento por todo el mundo. Como nuestro *mister* Cavanagh, en Langley. Un hombre importante, inaccesible, muy inteligente… Sí, el clásico viejo espía, que quizá no entienda mucho de actualidades electrónicas, pero que sabe oler las cosas importantes, aunque esté resfriado. Todo un caballero, por otra parte. ¿Lo he descrito bien?

Simón asintió con la cabeza, mientras murmuraba:

—*Lord* Stephenson emprende viaje mañana por la mañana. Abandona Londres.

—¿Y viene a Edimburgo? —exclamó Baby.

—Te dije que lo adivinaría —rió Simón III.

—¿Y a qué viene a Edimburgo? —exclamó de nuevo la divina.

—Eso ya no es tan fácil de saber, lo siento —se disculpó Simón I, mosqueado.

—Quizá lo sea. Santo cielo… ¿Acaso *lord* Stephenson es escocés? ¿Quizá viene a Edimburgo para asistir a los festejos como un acto anual de solidaridad escocesa?

—Una de las cosas de las que presume *lord* Stephenson es de ser

un perfecto y clásico caballero londinense.

—A nosotros también nos gustaría saber a qué viene a Edimburgo ese viejo zorro —añadió Simón III.

—Llévenme inmediatamente al hotel. ¡Espero saber eso antes de medianoche!

—¿De qué modo? —se pasmó Simón I.

—Por arte de magia —rió Brigitte Montfort.

Sin embargo, el acto de magia no pudo cumplirse.

Brigitte estuvo intentando comunicarse con John Pearson en el apartamento que éste tenía en Londres, pero siempre le respondía una grabación, asegurando que *mister* Pearson se hallaba ausente, y que disponía de dos minutos para dejar el recado. Optó por llamar al Ministerio del Interior, y allá, un atento empleado del Servicio Secreto británico le aseguró formalmente que *mister* Pearson no se hallaba en La Casa.

Así pues, Brigitte decidió llamar de nuevo al apartamento de John Pearson, alias Fantasma, el viejo amigo de varias aventuras de espionaje. De nuevo contestó la grabadora automática:

—*Mister* Pearson se halla ausente por tiempo indefinido. Por favor, deje usted el recado, y con gusto será atendido a su regreso. Dispone usted de un minuto. Muchas gracias.

—John —musitó Baby—, soy Brigitte. Estoy en el Caledonian, en Edimburgo. Quiero saber todo lo que sabéis vosotros sobre Serge Lidovich, de la MVD. Y sobre el padre Patrick O'Hara, de la Christ Church Cathedral de Dublín, Y sobre un oficial del IRA llamado Noah Frush, que en Edimburgo se hace llamar William Karr. Está en el Cranston Park Hotel, con otros dos hombres, a los que no conocemos, y que dicen llamarse Leonard Sanders y Peter Newey. O'Hara, que me ha dicho llamarse Augustus, está por el momento instalado en una casita de Portobello, en el 6 de Regent Lane. Con él hay dos hombres, llamados Dune y O'Leary, que hace casi cuatro días asesinaron a Serge Lidovich en su apartamento del 23 de Bramdean Rise, ático. Lo que buscaban era recuperar unas fotografías que Lidovich había tomado de O'Hara solo, de O'Hara saliendo del Cranston Park, de O'Hara con Frush y los otros dos en un restaurante. Pero no las encontraron. Esto es todo lo que sé por ahora. También sé que mañana *lord* Stephenson parte de Londres

en dirección a Edimburgo. ¿A qué viene *lord* Stephenson aquí, John? Besos, Brigitte.

Capítulo VI

Finalmente, al otro lado del hilo contestaron, y Brigitte sonrió como si pudiesen verla.

—Buenos días… ¿Augustus vive aquí?

—¿…?

—De parte de Lili.

—Sí, espero, gracias.

Se volvió para mirar por la ventana. Era un hermoso día de verano. Caluroso, aunque no en exceso. Al menos, comparado con otros lugares, cuya temperatura en agosto era sencillamente insoportable. Allí, en Edimburgo…

—¿…?

—Hola, Augustus. Sí, soy yo: Lili.

—Bueno… No quiero nada especial. He pasado una noche estupendamente tranquila, me he acordado de usted al despertar, y me ha parecido que debía darle las gracias.

—No, no, de verdad, no necesito nada más. Naturalmente, me sobran algunas libras todavía… Casi me siento rica. Pero, sobre todo, agradecida. Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan bien… No físicamente, desde luego. Es una sensación extraña, de libertad, de paz… Augustus: ¿no podríamos vernos?

—¿…?

—Oh, para nada especial. Es decir, no por mi parte. Quiero decir que, en lo que a mí respecta, no quiero nada de usted, pero si usted quiere algo de mí…

—Sí… Sí, sí. Bueno, la verdad es que no conozco muy bien Edimburgo, pero estaré allí. ¿A qué hora?

—¿Tan tarde? ¡Voy a estar muy triste y aburrida durante todo el día!

—De acuerdo, Augustus. ¡Hasta luego!

Sonriendo, Brigitte colgó el auricular. Tras breve vacilación,

volvió a pedir que la pusiesen con determinado número de Londres, donde la atendió de nuevo la grabadora automática. Al parecer, el buen John Pearson tenía cosas que hacer fuera de Londres en aquellas fechas…

Era un hermoso día de verano, y no iba a estar nada mal comenzarlo con una prolongada ducha fría. De modo que tomó su ducha, y luego, completamente desnuda, se tendió sobre una toalla, que colocó en la zona de la *suite* donde daba el sol. Y mientras tomaba el sol, se dedicó a repasar, una vez más, el programa de festejos de Edimburgo. Era un programa muy completo, con actos culturales, conciertos, exposiciones, representaciones teatrales… Pero había algo que estaba llamando la atención de la más peligrosa espía del mundo: la *Military Tattoo*.

Y ello porque en las demás manifestaciones festivas, no le parecía que encajase mucho la presencia de numerosos niños. En cambio, en la *Military Tattoo*… Bueno, la *Military Tattoo* era sencillamente formidable, a juzgar por aquellas fotografías en color.

La *Military Tattoo*, o sea Retreta Militar, era uno más de los famosos eventos a desarrollar durante los días del Festival Internacional de Edimburgo. Tenía lugar prácticamente todos los días, y algunos, dos o tres veces, en El Castillo. El Castillo estaba en el centro de la ciudad, sobre una colina cercada por Princess Street, Lothian Road, Johnston Terrace, y, por delante, más allá de la gran explanada donde se llevaba a cabo la gran parada militar de vistoso colorido, al pie del castillo, el centro de la ciudad. En las fotografías publicitarias, se veía El Castillo, iluminado, y en sus almenas, soldados vestidos de rojo tocando instrumentos musicales; en la explanada, representaciones de muchos cuerpos, con su gran variedad de uniformes: rojos, azul y negro, blanco y rojo, morado, verde y blanco, azul… En una de las fotografías, un escocés, con su faldita a cuadros, simpático y bonachón, sonreía mientras soplaba en su gaita. El uniforme era sencillamente magnífico, resplandeciente, con su variado colorido. En otra fotografía, se veía toda la gran parada militar en la explanada, y al fondo, El Castillo, con bandas de música en las almenas. A los lados, estaban dispuestas las tribunas para el público. El precio más caro para presenciar la Military Tattoo era dos libras esterlinas…

Brigitte Montfort entornó los ojos, y sonrió al recordar tiempos

muy, muy, muy lejanos. No sólo en el tiempo, sino en la memoria; una memoria que contenía hechos vividos realmente escalofriantes, y que daban al tiempo una dimensión que las personas que vivían normalmente no podrían comprender. Para ella, aquellos tiempos en que corría a ver los desfiles militares estaban tan lejos… Pero no tanto que no pudiese recordar los uniformes, las bandas de música, los vehículos militares, los soldados que entonces le parecían gigantes hermosísimos. Y la música… *The Star Splanged Banner, Levando anclas, Recordemos al* 7.º… Eran marchas que hacían circular la sangre más de prisa, que hacían sentir una excitación profunda, una gran admiración por la guerra…

Lejanos tiempos.

Pero ahora volvían, en aquella mente donde todo quedaba archivado, igual que un filme queda archivado en una filmoteca. Y en ese archivo mental de la espía más peligrosa del mundo, estaba pasando el filme donde muchos, muchos niños, asistían con los ojos casi fuera de las órbitas, debido al pasmo y a la admiración, al paso de soldados y *marines*, de carros de combate, *jeeps*, cañones, camiones… ¡Zuuummm…!, pasaban zumbando por encima del desfile de tierra las escuadrillas de aviones, como verdaderos pájaros de rutilante acero, magníficos, velocísimos, poderosos, admirables… Y los niños, con la frente hacia el cielo, contemplaban, boquiabiertos, extasiados, el velocísimo paso de las águilas de la USAF ¡Qué hermosos le habían parecido entonces los desfiles a la niña Brigitte Montfort!

Continuó mirando fotografías de la *Military Tattoo*. Sencillamente apabullante: intervenían los Royal Marine Massed Bands, la Mountain Warfare, la Canadian Beefeater Band, la Australian State Police, la Massed Pipes and Drums, la Royal New Zealand Army Band, la Maori Display… Sólo había que cerrar los ojos para imaginarse todo aquel conjunto de hermosísimos uniformes desfilando al compás de la música militar. ¡Tata-rata-tat-ta-ta… tatata-tat-atata…!

Bip-bip-bip-bip…

Brigitte parpadeó, agarró rápidamente la radio, que tenía sobre la mesita de noche, y volvió a sentarse sobre la toalla, al sol.

—¿Sí?

—Bueno, ha llegado *lord* Stephenson. Con su séquito,

naturalmente. Un séquito muy discreto, pero que le está protegiendo adecuadamente, supongo. Se han instalado en el Carlton Hotel, en North Bridge. Asómbrese: *lord* Stephenson ha venido con su esposa.

—Está bien. Simón…, ¿qué me dice de la *Military Tattoo*?

El silencio se prolongó tanto que Brigitte llegó a pensar que Simón no la había oído. Hasta que, por fin, se oyó el jadeo del agente de la CIA:

—Por el cielo… ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Bueno, dígame otro evento del festival donde los niños puedan realmente pasarlo en grande, y que sea algo que no tienen durante el resto del año.

—Por Dios… ¡Naturalmente que tiene que ser la *Military Tattoo*! Pero… no comprendo… ¿Qué ocurre con la *Military Tattoo*? ¿Qué quiere usted decir… exactamente? ¡Todas las funciones son por la noche, más tarde de las ocho…!

—No. Hay una, el sábado día 4, a las quince horas. A las tres de la tarde.

—Espere un momento, espere un momento —casi gritó Simón—. ¡Dígame con toda exactitud lo que significan sus palabras!

—Tranquilícese, Simón. Todavía no es el día cuatro.

—¡Pero lo que usted está sugiriendo es monstruoso!

—Haga el favor de calmarse. Y cuando lo haya conseguido, dedíquese a concentrar en Edimburgo a todo el personal disponible de la CIA en las Islas Británicas a la máxima urgencia.

—Sí… ¡Sí, ahora mismo!

—Ahora mismo, no. Sólo cuando se haya serenado.

—Sí… Lo siento. Está bien, comprendo.

—Le llamaré dentro de unas horas a ver cómo están las cosas. Esto es todo por ahora, Simón.

Cerró la radio, y se quedó mirando de nuevo las fotografías en colores de la *Military Tattoo*. Frente al castillo iluminado estaban las tribunas donde se instalaba el público. Estas tribunas formaban como una U, dividida en tres secciones: la Norte, la Este y la Sur. Al Norte estaba El Castillo. Por debajo de las tribunas este parecía estar la entrada. O quizá, por un lado. Las localidades estaban numeradas por grupos: A, B, C, D, E…, etcétera. ¿Cuántas personas debían caber allí en total? ¿Dos mil? ¿Tres mil, quizá?

Brigitte descolgó el auricular del teléfono, y pidió la conserjería.

—Soy Brigitte Montfort. Quisiera una localidad para la *Military Tattoo* del sábado, día 4, a las tres de la tarde. ¿Pueden conseguírmela?

—Entiendo. Sí, ya sé que esas localidades están vendidas incluso al extranjero desde mucho antes del día de la parada, pero no he podido interesarme antes por ello. No importa el precio de la localidad, ni cuál sea la localidad. Y cuando digo que no me importa el precio quiero decir que pagaría mil libras si fuese necesario.

—¡…!

—He dicho mil libras, en efecto… Sí, sé cuánto vale una localidad… ¿Perdón?

—Para cualquier otro día, voy a encargarme yo personalmente hoy mismo. Pero necesito esa localidad para pasado mañana. Lo agradecería muchísimo, además de pagarla bien.

—Estupendo. Sí, por favor, haga lo que sea… Muchas gracias. Otra cosa: dentro de unos minutos voy a salir, y no sé cuándo volveré, de modo que, si llegase algún recado para mí, le agradecería que no lo retuviesen, sino que tirasen la nota por debajo de mi puerta. De este modo, sé que lo encontraría al regresar… Eso es. De nuevo gracias.

Colgó el auricular, quedó pensativa unos segundos, y luego procedió a prepararlo todo para su labor de aquel día. Lo primero que hizo fue dejar la *suite* en absoluto orden, como si ni siquiera estuviese ocupada. Orden y método, siempre. Luego, se aseguró de que en el maletín rojo con florecillas azules estaba la peluca rubia, los lentes de contacto y demás artilugios de su disfraz para la personalidad de Lili Connors, así como el ligero vestido inarrugable, de dos piezas, que había usado la tarde anterior…

Debían ser las once de la mañana cuando la señorita Montfort salía del Caledonian Hotel. Estuvo paseando por Edimburgo, admirando monumentos y recibiendo la admiración de los atónitos paseantes. Sin prisa alguna, empezó su deambular turístico por Princess Street, admirando en primer lugar la Real Academia escocesa de Pintura, Escultura y Arquitectura, pasando por la Galería Nacional de Escocia, por el monumento a Walter Scott, naturalmente, que destacaba orgullosamente en los Jardines Este de

Princess Street. Era verdaderamente un monumento precioso, rodeado de césped, árboles y tulipanes; a su cobijo, el gran escritor continuaba, en efigie, meditando sobre la vida y la muerte, como corresponde a todo gran escritor pensador.

Estuvo también en el Centro del Arte de la ciudad de Edimburgo, en el palacio de Holyroodhouse… Desandando camino, estuvo en St. Giles Cathedral, y en Carlton Hill, desde la cual se podía contemplar la ciudad, verde y colorida, recortándose en el cielo azul sin una sola nube…

En el céntrico restaurante donde almorzó, tenían tarjetas postales a disposición de los clientes. Eligió una de la casa de John Knox, la más pintoresca de las residencias históricas de Edimburgo, construida en 1490… ¡En mil cuatrocientos noventa! Santo cielo, eso sí era algo que había sucedido hacía tiempo y tiempo…

La tarjeta decía, simplemente:

«También te amo en Edimburgo».

Sonrió al pensar que Número Uno se sorprendería al saber que ella estaba en Edimburgo. ¿Qué diablos tenía que hacer un espía de su categoría en Edimburgo?, se preguntaría. Pero no por mucho tiempo, porque Uno sabía que cuando ella estaba en un sitio era porque valía la pena estar.

Y así, a las cinco y media, hora convenida, estuvo en el lugar convenido con Patrick O'Hara. Es decir, con Augustus… El lugar convenido era en George IV Bridge, delante de la Central Library, y Augustus llegó con un poco de retraso. Pareció sorprendido al ver a Lili Connors, como si no la recordase bien, y ahora estuviese maravillado.

—Lo siento —se disculpó—. Todavía no conozco bien la ciudad.

—Yo tampoco —sonrió Lili, tendiéndole la mano—. Además, no tiene importancia.

—Eres muy amable —musitó O'Hara—. Bien…, ¿tienes preferencia por algo especial esta tarde?

—No… No. ¿Cuántos años tienes, Augustus?

—Cincuenta y uno.

—Entonces, seguro que no vas a llevarme a bailar. Por lo tanto, vamos a donde tú quieras.

O'Hara se echó a reír, la tomó del brazo y echaron a andar. Una pareja curiosa en verdad. Ella era más alta que él, espléndida, llamativa. Él habría sido quizá insignificante si no hubiese tenido aquella cicatriz.

—¿Te parece que vayamos al cine? —propuso O'Hara.

Lili lo miró, atónita.

—Ya fui al cine cuando era niña —rió—. ¡Vamos, Augustus, no digas tonterías!

—Bueno… Hay varios sitios interesantes en la ciudad, que seguramente te gustaría conocer…

—Me he pasado el día visitando sitios interesantes: tengo los pies destrozados.

—Sí, claro… ¿Has visto a tu amigo James?

—¡Claro que no! —respingó ella—. ¡Ni lo nombres! ¿Te has propuesto amargarme el día?

—No, no. Bueno, podríamos encontrar un club donde tomar algo mientras hablamos…

—Para hacer eso, se está mejor en otro sitio que en un club. Y no me digas que no conoces ningún sitio de esos, Augustus.

—Pues la verdad es que no.

—¿Estás casado?

—No… No.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué no me llevas a tu casa? ¡No puedes ser tan tonto que no hayas comprendido cuál es mi estado de ánimo, mi buena disposición hacia ti!

—No me atrevía a creerlo.

—Pues atrévete —rió ella—. ¡Vamos, atrévete!

—De acuerdo —la apretó él del brazo—. Tomaremos un taxi para ir allá.

Veinte minutos más tarde, el taxi se detenía delante del número 6 de Regent Lane, en Portobello. Cuando estaban solos en la acera, Lili dijo, sonriendo:

—Vives cerca del mar… ¡Siempre me ha gustado el mar!

Patrick O'Hara esbozó una sonrisilla, sacó una llave, y señaló la puerta. Abrió y se apartó. Lili Connors entró, con gesto decidido, pero sabiendo ya que había cometido un error: al no comunicarse con Simón, ignoraba si la estaban respaldando, y, sobre todo, ignoraba si O'Leary y Dune estaban en la casa o bien le habían

dejado el campo libre al cura irlandés. No sabía nada de nada, salvo que estaba allí con aquel extraño hombre de la cicatriz…, y que él acababa de cerrar la puerta.

—¿Qué prefieres beber?

—Como preferir, prefiero el champaña —rió Lili gozosamente—, pero supongo que no tienes.

—No. Tengo cerveza fresca, *whisky*, coñac…

—Beberé lo que tú bebas. ¿Qué clase de música te gusta?

—Me gusta toda la música. Voy a buscar hielo.

—De acuerdo, Gus… ¿Te importa que te llame Gus?

—No… Claro que no. Es gracioso.

Entraron en el salón, y O'Hara hizo un ademán, dando a entender que ella podía disponer de todo. Él continuó hacia el fondo de la casa, y cuando estuvo sola, Baby se sintió tentada de llamar a Simón por la radio, pero le pareció una imprudencia. Todavía no sabía bien el terreno que pisaba, ni qué estaba tramando el hombre de la cicatriz.

Era en verdad un curioso personaje. Famoso en Irlanda, sin duda debido a la cicatriz, que debía tener su historia, estaba en Escocia acompañado de asesinos, pero conservando un gesto tímido, cauteloso. Por supuesto, aunque fuese un sacerdote, O'Hara no podía ser tan ingenuo ni tonto como para ignorar lo que tenía que suceder cuando un hombre y una mujer se aislaban del resto, para escuchar música y beber unos tragos. Y si lo sabía, ¿quería decir que estaba dispuesto a correr una aventura sexual, lejos de la Christ Church Cathedral de Dublín, donde prestaba sus servicios? Eso, de acuerdo a la religión católica, estaría muy mal, pero ¿acaso hay alguien que siempre lo haga todo bien?

Patrick O'Hara reapareció, portando un recipiente con cubitos de hielo y dos vasos, cuando Lili estaba examinando un montoncito de discos que la tenían verdaderamente sorprendida.

—¿Esta es la música que escuchas habitualmente? —preguntó.

—No… No sé. Bueno, la casa no es mía. Es de un amigo, que está fuera de la ciudad y que me la deja cuando, yo vengo.

—Ah. Bueno, yo no tengo inconveniente en escuchar estos berridos, pero dudo mucho que te gusten a ti. ¿Los pongo o no?

—Lo que tú quieras.

Lili movió la cabeza, como divertida. Puso uno de los discos en

el aparato, y sonrió cuando, apenas comenzar la audición, vio el gesto aterrado de Patrick O’Hara. Riendo, comenzó a moverse, balanceando los brazos y haciendo chascar los dedos, imprimiendo unos movimientos a las caderas y los senos que habrían bastado para descongelar el Polo Norte. O el Polo Sur. O los dos.

—¿Tú no te mueves? —rió, mirando maliciosamente a O’Hara.

—Pues no… No. ¿Te pongo hielo?

—Pon lo que quieras, hombre. ¡Qué tipo más raro eres, Gus!

—Lo… lo siento. Supongo… que me iré ambientando.

—¡Parece como si fuese la primera vez que tienes una chica dispuesta a jugar contigo! ¡Vamos, hombre, despierta ya!

O'Hara tragó saliva, y se dedicó a servir *whisky* con hielo en dos vasos. Cuando se volvió de nuevo hacia Lili, alzando los vasos, éstos escaparon de sus dedos y cayeron al suelo; se quedó petrificado, mirando a Lili, que se había quitado la ropa, y seguía bailando, entreabriendo los labios, mostrando la lengua sonrosada… Sus ojos entornados parecían lanzar chispas de risa hacia el padre O’Hara.

—Muchacho, estás pasmado —susurró la rubia—. ¿De verdad te encuentras bien? Oye, ¿no serás marica?

—No… No, no.

—Menos mal. Ven, te voy a enseñar a mover los huesos, pequeño sátiro —se acercó a él, y le rodeó el cuello con los brazos; la diferencia de estatura, y los tacones altos de Lili fueron suficiente para que sus senos quedasen ante la barbilla de O’Hara—. ¿Qué estás esperando para abrazarme?

Las manos de él estaban frías cuando tocaron la cintura femenina. Lili reanudó el movimiento de sus caderas, y los senos bailaron ante los ojos del pobre Augustus, cuyas manos se clavaron en la carne femenina… Lili rió de nuevo, se inclinó, y besó al cura en los labios. Pero se apartó bruscamente, lo tomó de una mano y tiró de él hacia el sofá. La música disparatada seguía sonando, había olor al *whisky* vertido, el calor era considerable allí dentro…

En el sofá, Lili tomó las dos manos de O’Hara, y las colocó sobre sus pechos.

—¿Te gusta? —musitó.

O’Hara se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Ella volvió a besarle, pero él no reaccionó. Lo miró con cierta irritación.

—Bueno, ¿se puede saber qué te pasa?

—No quiero hacer nada de lo que estás pensando.

—Bromeas, claro.

—No… No bromeo.

—Oye, Gus, cualquier tipo de esta cochina ciudad daría lo que fuese con tal de estar en tu lugar en estos momentos. ¿Qué te pasa? ¿Te parezco fea, o repugnante, o antipática…?

—No… No.

—Pues ya me explicarás, muchachote. Lo normal sería que estuvieses devorándome, o poco menos. Y eso, aunque tengas cincuenta añitos, que es una edad todavía interesante. ¿O no?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No sabes si estás o no estás… en órbita?

—No.

Lili se rascó graciosamente la barbilla. Luego, asió de nuevo las manos de O'Hara, y quiso colocarlas sobre sus senos, pero O'Hara las retiró, sin brusquedad, pero con firmeza.

—No quiero hacerlo —susurró.

—¡Pero, hombre, si pareces un cura…! Oye, ¿no serás un cura por casualidad?

O'Hara permaneció en silencio. Lili Connors estaba en plena órbita de actuación. Le miraba, sonreía, fruncía el ceño, parecía meditar, se sorprendía…

—¿Eres un cura? —se pasmó—. ¡Vamos, di algo! ¿Eres un cura? ¡Cielo santo, esto es lo más divertido que me ha ocurrido en toda mi vida…! ¡Me encierro con un hombre y es un cura católico! ¿O no lo eres? Y si lo eres… ¿Qué estás haciendo tú aquí en Edimburgo? Aquí, que yo sepa, todo el mundo es protestante. Incluso yo misma… ¿Qué haces tú, vestido de paisano en Edimburgo? Vamos, Gus, sé bueno conmigo, pasemos el rato divertido… Mira, ponte aquí conmigo… ¿No quieres? Bueno, charlemos. Pero no de mí, sino de ti. De tus cosas, mi granuja y perverso amiguito… ¿Eres un cura o no?

—¡Santo cielo…! Bueno, ¿y qué? ¿Vas a dejar escapar la oportunidad de jugar con una rubia como yo? ¿Prefieres ir despacito, que vayamos charlando, que las cosas vayan sucediendo sin sentir, muy suavemente…? Está bien, charlemos. Dime, ¿qué estás haciendo en Edimburgo, Gus?

—Me has engañado —jadeó O'Hara… ¡Ellos tenían razón, me has estado engañando, me engañaste ayer…!

—¿De qué estás hablando?

—¡Me estás haciendo preguntas, ellos me lo han advertido! ¡No fue casualidad lo del «pub», fue todo planeado…!

—Cálmate, mi amor —recomendó fríamente Lili—, ¿de qué estás hablando exactamente?

—Nosotros se lo diremos —sonó la voz en la puerta de la salita.

Lili se volvió vivamente, haciendo vibrar todo su cuerpo, cuya esplendidez quedaba bien visible. No lanzó ni una exclamación, o grito, o respingo. Simplemente, se quedó mirando a los dos hombres, que ya conocía: eran Dune y O'Leary. Sí, decididamente, había hecho muy mal no llamando a Simón. Éste debía estar atendiendo a la concentración de hombres en Edimburgo, y seguramente, tenían vigilados a Noah Frush, el del IRA, y sus dos amigos, Sanders y Newey. Incluso era posible que la casa donde ella estaba ahora estuviese vigilada, pero si la mataban…, ¿de qué serviría la vigilancia? Había sido, en verdad, imprudente.

La mirada de Lili bajó hacia las pistolas con silenciador, que empuñaban los dos asesinos. Las mismas armas que ella había podido quitarles dos noches antes… y que había dejado en sus bolsillos. Pero eso no importaba: la gente como aquélla siempre encontraba armas.

—Se ha quedado muda —dijo Dune, riendo.

—Ve a registrarla. Con cuidado.

—Con cuidado…, ¿qué quiere decir? ¿Que tenga cuidado con ella o que no me ponga nervioso al tener al alcance de mis manos tanta cosa buena? —se divertía Dune.

—Ya me entiendes.

Era muy fácil registrar a Lili Connors tal como estaba. Pero Dune se lo tomó en serio, metiendo las manos por todas partes, especialmente por las partes que se veían. Lili, inmóvil, miraba de reojo a O'Hara, que permanecía sentado, como petrificado, mudo.

—Pues no —dijo Dune—, no lleva más armas que éstas.

Riendo, volvió a pasar las manos por los senos de Lili, que también permanecía inmóvil.

—¿Quién eres y para quién trabajas? —adelantó un paso el irritable O'Leary.

—¿De qué estáis hablando, amiguitos? Todo lo que yo…

La bofetada de Dune la alcanzó en plena boca, de revés, partiéndole el labio inferior e impulsándola con tal fuerza que cayó sentada al suelo. Aún estaba desconcertada cuando recibió el punterazo en el hígado. El rostro de Lili quedó blanco como leche, la peluca rubia saltó, las facciones se desencajaron, los ojos se desorbitaron. Notó el golpe en la parte posterior de su cabeza cuando cayó hacia atrás, casi desvanecida.

De muy lejos, muy… muy lejos, llegó la voz de Dune:

—¿Qué te parece? ¡Pero si es una peluca…!

—Siéntala en el sofá. Tenemos que saber si está sola en esta ocasión, o, como es más lógico, tiene amigos por ahí fuera… ¡Maldita sea, claro que tiene que tener amigos ahí fuera! Si están detrás del padre O'Hara, y el amiguito de ésta siguió a Frush y a los otros dos, seguro que esta casa también la tienen localizada. Además, los deben haber visto encontrarse, los habrán seguido hasta aquí… ¡Maldita zorra, la voy a triturar…!

—Ten cuidado, O'Leary: es muy fácil matar a una chica a puntapiés. Y si la matas, nos vamos a quedar sin saber nada, como nos ocurrió con Lidovich.

—Está bien… Vamos a sentarla en el sofá.

Lili se sintió agarrada por ambos brazos, izada y soltada rudamente. Quedó en el sofá. Realmente, había quedado transida de dolor. Poco a poco, fue recuperando la respiración. O'Hara seguía junto a ella, mirándola fijamente, asustado, al parecer. Pero, más aún que asustado, estaba pasmado, sosteniendo la peluca rubia de Lili en una mano.

—¿Te sientes mejor, puerca? —se interesó O'Leary.

Lili asintió con un gesto, y Dune sonrió, acercándose de nuevo a ella con intenciones harto claras. Pero O'Leary le detuvo.

—No, espera. Se me ha ocurrido algo mucho mejor. Dale su ropa y que se vista. Le vamos a dar un bonito paseo a la bella Lili.

Capítulo VII

Lili Connors miró con expresión alarmada a O'Leary, pero Dune le tiró su ropa encima, ordenándole secamente que se vistiese. Así lo hizo, y luego observó, asustada, a Patrick O'Hara.

—Augustus…

—No, no —movió la cabeza el padre O'Hara—. Me has estado engañando, ellos tenían razón. Así que ahora son ellos quienes tienen que tomar decisiones, Lili.

—Pero es que no sé de qué estáis hablando…

—¿No lo sabes? —se acercó O'Leary—. Bueno, te lo voy a decir para que durante el paseo tengas tiempo de ir meditando en las respuestas que te conviene darnos cuando lleguemos a destino. Ayer, en el «pub» donde se reunieron unos amigos con Augustus, llegasteis tú y un amigo tuyo, el tal James, según nos contó Augustus. Fue una comedia muy bien hecha…, pero tu amigo James no fue lo bastante hábil para seguir a los tres amigos de Augustus hasta el Cranston Park Hotel, sin que ellos se dieran cuenta. De modo que ellos llamaron aquí, y le dijeron a Augustus lo sucedido. Y Augustus comprendió que tú te habías dedicado a él para controlarlo también. Y seguramente, al separaros, algún otro amigo tuyo le siguió hasta aquí, de modo que ahora debemos estar acorralados en esta casa. Incluso es posible que, según para quién estéis trabajando tú y tu amigo James, nos estéis acorralando en Edimburgo, de donde se desprende que lo mejor que podemos hacer es marcharnos. Nosotros ya hemos advertido a los del Cranston Park Hotel de que escapen como puedan, y vayan a esperarnos a otro sitio. Y nosotros iremos a ese sitio. Habíamos pensado ir solos, después de liquidarte, pero se me ha ocurrido una idea mejor: saldremos juntos de la casa, y si alguien nos molesta en lo más mínimo, te volaremos la cabeza de un balazo. Espero que tus amigos comprendan eso cuando nos vean salir, y permanezcan

alejados. De este modo, podremos ir tranquilamente a un lugar donde contestarás a nuestras preguntas… o tendrás motivos para lamentar haber nacido. ¿Está claro?

—Muy bien. En ese caso, puesto que ya has terminado de vestirte, ponte en pie y camina. Padre, vaya usted con ella, sujetándola por el brazo. Si intentase escapar, todo lo que tiene usted que hacer es soltarla y dejarse caer al suelo: lo demás es cuenta nuestra.

—No me gusta esto —murmuró O'Hara.

—¡Vaya, es formidable! Le guste o no, así están las cosas. Y usted no ha venido a Edimburgo a divertirse, ¿verdad?

—No, pero…

—¡Vamos, déjese de tonterías! ¡Todos estamos metidos hasta las narices en esta operación, y usted el primero, así que nada de vacilaciones ahora! Piense bien cuál es el fondo de la operación, padre.

—Sí… Sí. Y la verdad es que… aún no estoy muy seguro de que deba realizarse.

—Fantástico —pareció brincarle un párpado a O'Leary—. ¡Absolutamente fantástico! El asunto de mayor envergadura jamás imaginado en Irlanda, y usted dice que no está seguro de que deba realizarse. Ya tuvo su reunión con las personas más importantes de Dublín, y de toda Irlanda, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Mire, eso no debe discutirlo con nosotros. Nosotras estamos aquí básicamente como guardaespaldas de usted, y medio de contacto con el grupo central. Si tiene alguna reflexión que hacer, hágala a los personajes importantes. ¿Nos vamos?

Patrick O'Hara asintió, tomó de un brazo a Lili, y fueron hacia la puerta.

—Augustus —musitó Lili—, ¿qué estáis preparando? Dime… ¡Aaaahhh…!

Lanzando el alarido de dolor, Lili cayó hacia delante, de rodillas, y tuvo que apoyar las manos en el suelo para no caer de bruces, debido al terrible golpe aplicado por Dune en los riñones. Fue asida por sus cabellos naturales, y puesta en pie de un tirón por el propio Dune, mientras O'Leary, cuatro pasos más atrás, la apuntaba con la pistola al vientre.

—Nada de preguntas, putita —masculló Dune—, ¿está claro? Sólo camina, y pórtate bien o te meteré una bala donde puedes imaginarte.

Lili Connors suspiró profundamente, procurando no mirar su maletín, que O'Leary llevaba en la mano izquierda. Si lo registraban, podían descubrir todos sus pequeños trucos, pasaportes falsos, dinero americano… Simulando estar mucho más transida de dolor de lo que estaba en realidad, continuó caminando hacia la puerta, apoyándose en Patrick O'Hara.

Cuando salieron a la calle, parecía que todo estaba en orden y en paz. Posiblemente, desde alguna parte, les estaban observando, pero nada sucedió. La gente común que pasaba por allí ni siquiera podía imaginar que aquella mujer caminaba bajo la amenaza de dos pistolas, pero los amigos de ella, sí que debían estar comprendiendo la situación…, si es que realmente estaban cerca, cosa que no parecía admitir dudas.

—Hacia el paseo —dijo O'Leary.

Bajaron por Marlborough Street hasta Promenade, el bonito paseo marítimo. La tarde comenzaba a declinar, y el sol se reflejaba en rojos destellos en las quietas aguas de Firth of Forth, la bahía estuario de Edimburgo.

Dos minutos más tarde, como había ya sospechado la divina espía, saltaban los cuatro a una lancha, que fue puesta rápidamente en marcha por Dune… Cuando se alejaban del puerto, todos vieron a los dos palidísimos hombres que aparecieron, contemplando con los ojos muy abiertos a la extraordinaria rubia que ya era morena.

—¡Me parece que les hemos dado un buen disgusto a sus amigos! —rió Dune.

—Y ahora no va a negar que los tiene —dijo O'Leary—. ¿Son del Servicio Secreto británico?

—Sí —asintió Lili.

—Así me gusta, que comprenda que debe ser razonable. ¿Cómo han conseguido nuestra pista?

—Recibimos un sobre con unas fotografías en las que aparecían determinados personajes.

—¿Quiere decir que Serge Lidovich envió a Londres Las fotografías que estuvo tomando de… de Augustus y de…?

—Sabemos que no se llama Augustus, sino Patrick O'Hara, y que

está prestando sus servicios religiosos la Christ Church Cathedral de Dublín. También hemos identificado a Noah Frush, si bien sabemos que está alojado en el Cranston Park con el nombre de William Karr, y sus dos amigos dicen llamarse Leonard Sanders y Peter Newey. En cuanto a Lidovich, que nos envió una nota con las fotografías, lo encontramos muerto en su apartamento del 23 de Bramdean Rise. El pobre colega ruso nos prestó un buen servicio antes de morir.

—A usted no tan bueno, ya que le va a costar la vida.

—Todavía no estoy muerta —encogió los hombros Brigitte Montfort.

O'Leary apretó los labios en una dura sonrisa, y no dijo nada más. Dune miraba hacia delante. Las siete u ocho millas que separaban las dos orillas en aquella parte se iban reduciendo rápidamente. O’Leary estaba mirando hacia atrás, asegurándose de que ninguna lancha partía tras ellos. Lo cual, por el momento, no sucedía. O’Hara se limitaba a mirar fijamente a Lili.

—¿Y qué han descubierto de mí en este asunto? —preguntó de pronto.

—Lo de la Military Tattoo —lanzó al azar Brigitte.

El respingo colectivo le hizo comprender que no se había equivocado. Los tres hombres recibieron con fuerte impresión sus palabras. O’Hara la miraba ahora con incredulidad.

—¿Cómo puede haber sabido eso? —exclamó.

—Lo decía Lidovich en su carta.

—No es cierto —rechazó O’Leary—. Lidovich sabía que estábamos tramando algo en un espectáculo público, pero no que se trataba de la Military Tattoo. Al menos, no tenía por qué saberlo. Y si cuando ustedes llegaron a Edimburgo, él ya estaba muerto, no pudo decírselo. Así pues, usted ha obtenido esa información de otra parte… ¿De dónde?

—De aquí —musitó Brigitte, tocándose la frente.

—¿Qué?

—¡De aquí, de mi cabeza! Sólo he tenido que ir atando cabos.

—Pues sí que es usted lista…

—No tanto como debiera. Si lo fuese, no estaría ahora en esta situación. ¿Qué es exactamente lo que están tramando con respecto a la Military Tattoo?

—Un atentado —dijo O'Hara.
—No hace falta que usted le dé explicaciones a ella, padre.
—¿Qué más da? —parecía apesadumbrado Patrick O'Hara—. Por lo que voy entendiendo, es poco probable que Lili pueda contarle a nadie lo que pensamos hacer. Y yo necesito comentarlo con alguien fuera de nuestro grupo, escuchar opiniones diferentes…, quizá para convencerme a mí mismo de que estoy haciendo algo…, que puede tener sentido, significado.
—¿Qué clase de atentado? —se interesó Brigitte, aprovechando la buena disposición de O'Hara para hablar del asunto.
El cura suspiró profundamente.
—Los irlandeses estamos dispuestos a que termine la cuestión del Ulster. Y le diré por qué: porque los más perjudicados son los católicos. Están llevando la peor parte, pero, aunque no fuese así, nosotros, los de la Irlanda libre, somos católicos, y tenemos que apoyar a los católicos del Ulster. En principio, se pensó en un apoyo directo, en un enfrentamiento violento en Belfast, pero, en esas circunstancias, también recibirían daño los católicos. De modo que decidimos darles una lección a los protestantes escoceses en su propio terreno… Esto es, en Escocia.
—¿Piensan sabotear la Military Tattoo? ¿Pero ¿por qué la Military Tattoo?
—Precisamente porque interviene la palabra «militar». En la Military Tattoo hay representaciones de varios cuerpos, y queremos que nuestra acción abarque lo máximo dentro de las fuerzas armadas de las Islas Británicas. Queremos dar un golpe que afecte a todo el país, y que al mismo tiempo les haga comprender a los escoceses lo desagradable de la situación en Belfast al encontrarse ellos en otra parecida.
—¡Pero habrá muchos niños en la Military Tattoo!
—También en el Ulster están muriendo niños, debido a los atentados que se realizan por parte de todos. La mejor manera de comprender el dolor es sentirlo uno mismo, Lili.
—¡No puede estar hablando en serio!
—Desgraciadamente, estoy hablando en serio. Todo ha sido meditado y planeado muy cuidadosamente. Queremos que los escoceses experimenten en sus propias carnes lo que son los atentados, las bombas, las muertes de personas mayores y de

niños… Pero repito: *ya* en Belfast. ¿Por qué siempre en el Ulster? Aunque ninguno de los importantes personajes implicados en esto lo admitirá, hemos llegado a un acuerdo con el IRA, y en breve, las acciones de éste van a extenderse adecuadamente por Escocia, Inglaterra, Gales… ¡Por todo el Reino Unido! Vamos a ir asestando golpe tras golpe, hasta provocar, finalmente, un enfrentamiento definitivo, que dará como lugar la anexión del Ulster a Irlanda. Ese es el objetivo de todos nosotros, y lo vamos a conseguir.

—Por el amor de Dios… ¡Hay medios mejores que esa… esa manera de convertirse en asesinos para conseguir algo, padre!

—¿De veras lo piensa así? Pues hace años que las cosas están como están…, y nadie ha encontrado ese medio. Por lo tanto, vamos a pasar a la acción.

—¡Un sacerdote no puede hablar así!

—También soy un hombre, ¿no? —gruñó O'Hara—. ¡Y un hombre irlandés, precisamente! Además, ¿cree que me habría involucrado en esto si no estuviese bien respaldado física y moralmente? El obispo Fayr forma parte de este movimiento. Y muchos alcaldes. Y el comandante Walter L. Cotters, y varios de los capitanes a sus órdenes. Y gente civil importante, como Phileas Sapestein, Morton O'Sullivan, Donald Parkinson, Stephen Lom…

—Está usted hablando demasiado —gruñó O'Leary.

Patrick O'Hara parpadeó. Asintió con la cabeza, y quedó silencioso. Ya no dijo nada más durante el resto del corto viaje. Llegaron a un embarcadero natural, de roca y O'Leary fue el primero en saltar a tierra, seguido de O'Hara y de Lili. Dune metió la lancha en un hueco natural de la roca, de modo que quedo oculta. Para verla, era necesario estar allí mismo, en el embarcadero, o muy cerca de la costa. Por un agujero en la roca, Dune pareció brotar del suelo, junto a su compañero O'Leary, O'Hara y Lili.

—Estoy pensando que hemos perdido el coche: ya no podemos volver allá a buscarlo, O'Leary.

—¿A quién demonios le importa un maldito coche? —refunfuñó O'Leary.

—Es verdad.

Caminaron tierra adentro. Apenas tres minutos más tarde Brigitte vio el castillo. Quedó un instante atónita, pero acabó por

aceptarlo. Sí, señor, allá tema un viejo castillo escocés hacia el cual, sin duda alguna, se dirigían.

Y así fue.

Tiempos modernos. Cuando entraron en el patio de armas, vio varios coches, y un par de motocicletas, así como una camioneta, en la que constaba el nombre de una tienda de modas: Scotch Lady. Estaba pintada de blanco, con flores azules, y sólo la silueta de una mujer desnuda entre las flores.

—¿De quién es este castillo? —preguntó Lili.

—De un amigo de la causa —dijo O'Hara.

—¡La causa! Padre, si quiere mi opinión…

—Nadie quiere su opinión —intervino O'Leary—. ¡Metedla en una de las celdas!

Habían aparecido varios hombres, a los cuales se dirigió O'Leary. Con una sola mirada, Brigitte *Baby* Montfort supo valorar debidamente a aquellos hombres: aventureros, mercenarios, gente de armas al servicio de quien les pague.

Dos de aquellos hombres se la llevaban del patio de armas, hacia una puerta solidísima que había al fondo. Detrás de ella, caminaba otro hombre, armado con un subfusil. Por el patio había más, no menos de doce en total.

Descendieron una amplia escalinata de piedra, y recorrieron un par de pasillos iluminados por sucias bombillas y finalmente, la señorita Montfort fue empujada rudamente dentro de una celda. Una celda con puerta de hierro, que se cerró con chirridos y crujidos, a espaldas de la espía más peligrosa del mundo.

Capítulo VIII

La puerta de la celda se abrió, y Brigitte parpadeó cuando se encendió la luz, que sólo podía ser accionada desde fuera. Estaba sentada en el suelo, más que adormilada, desfallecida y dolorida. En la celda no había ni siquiera un jergón de paja, y llevaba allí dentro, salvo que el tiempo hubiese transcurrido más de prisa en su cabeza que en la realidad, nada menos que cuarenta horas. A buen seguro que los pobres Simones estaban removiendo cielo y tierra buscándola. Y por supuesto, en Edimburgo, sobre todo después de saber que ella había sido capturada, debían estar todos los agentes de la CIA del Reino Unido, e incluso muchos que habrían llegado del continente por todos los medios y a toda prisa. La noticia de que Baby había sido capturada, y que durante cuarenta horas permanecía en silencio, que quizá había sido asesinada, debía haber circulado a toda velocidad, primero por el Reino Unido, luego por Europa, y finalmente, por todo el mundo…, incluyendo, naturalmente, Malta y Washington. Es decir, que, una vez más, la agente Baby había organizado una buena.

Pero cuando menos, no estaba muerta…, por el momento.

Cuando pudo acostumbrar sus ojos a la luz, vio a Patrick O'Hara, que estaba de pie ante ella, sosteniendo su maletín en una mano. La miraba fijamente, como con curiosidad. Detrás de O'Hara había dos hombres armados con metralletas, y otro más dentro de la celda, apuntándola.

—Hola, padre —murmuró Brigitte, con voz ronca—. No se puede decir que esté siendo muy amable conmigo. ¿Qué día y qué hora es?

—Hoy es sábado, día cuatro; son las once de la mañana.

—Exacto: llevo aquí cuarenta horas…, durante las cuales no me han dado comida, ni agua.

—Intenté darle un trato más humano, pero no me ha sido

permitido. Lo siento.

—Está bien. ¿Ha reflexionado sobre…?

—En realidad, he estado muy ocupado —cortó O'Hara—. Y una de las cosas que más ocupado me ha tenido ha sido su maletín.

—Ya. Supongo que ha encontrado cosas interesantes en él.

—Aparte de algún que otro sorprendente truco, he encontrado tres pasaportes, a nombre respectivamente de Nora Tisdale, inglesa; Lili Connors, norteamericana; Galina Cherkova, rusa… Estoy aturdido. ¿Cuál de ellas es usted realmente…? ¡Sus ojos son azules ahora!

—Ha tardado en darse cuenta —sonrió desganadamente Baby—. Sí, las lentillas me estaban molestando, y ya no tenía objeto continuar con ellas puestas; de todos modos, las tengo aquí en un dobladillo del vestido… Aparte del inglés, ¿qué otro idioma habla usted, padre?

—Oh, me las arreglo estupendamente en francés… Pero en verdad, mi fuerte es el italiano.

—Vamos a hablar en italiano entonces —dijo Brigitte, en este idioma—. ¿Ha oído usted hablar de la agente Baby?

—No… Me parece que no.

—Bueno, digamos que soy la espía más famosa del mundo… Cualquier espía profesional no necesitaría ninguna explicación sobre mí. Por ejemplo, Serge Lidovich. Cuando envió la nota a la CIA…

—¿A la CIA? ¡Usted dijo…!

—Soy norteamericana, no inglesa. Trabajo para la CIA, o mejor sería decir con la CIA. Mi habilidad digamos… diplomática, aunque muy a mi estilo, está reconocida desde Moscú a Pekín, desde Estocolmo al Polo Sur. Padre O'Hara: únase a mí, abandone ese proyecto asesino, y yo le garantizo que buscaremos, entre todos, una solución mejor que lo que ustedes piensan hacer.

—Ya es demasiado tarde —musitó O'Hara—. Pero entonces, si es usted norteamericana, ¿su nombre verdadero es Lili Connors?

—No. Me llamo Brigitte Montfort. Vivo en Nueva York. Seguramente ha leído usted muchos artículos míos sobre política internacional, padre.

—¿Artículos sobre…? ¡Oh, Dios mío! ¡La periodista, claro! Desde que he visto el azul de sus ojos me estaba preguntando de qué la

conocía realmente… ¡Es cierto, he leído muchas cosas de usted, y he visto muchas fotografías suyas en periódicos y revistas! Mi opinión sobre su labor periodística…

—Padre O'Hara, eso no tiene importancia ahora. Tiene que detener todo el asunto, y cuanto antes. ¡Por favor!

—No puedo… Lo siento, ya no puedo… ¡Le juro que no puedo!

—¿Por qué no?

—Todo está ya en marcha, todos han salido a ocupar sus sitios. El atentado será esta tarde, a las tres. Ya nadie podrá detenerlo. Ni siquiera yo mismo, aunque quisiera.

—Mis compañeros de la CIA lo detendrán. En estos momentos deben estar a cientos patrullando por Edimburgo. Además, a uno de ellos le hablé de la Military Tattoo, y comprendió. Estarán centrando su vigilancia precisamente en el castillo, de modo que cuando sus mercenarios del IRA se acerquen…

—No tienen por qué acercarse. Me parece que usted no ha entendido cómo van a hacerse las cosas, Lili. Todo ha sido previsto, todo calculado. Como es natural, avisamos a Noah Frush y sus dos ayudantes de lo que ocurría, y escaparon del Cranston Park Hotel anteanoche mismo. En estos momentos, Noah Frush está esperando la camioneta que contiene los proyectiles que han de ser disparados en el momento oportuno contra el castillo.

—¿La camioneta de Scocht Lady?

—¿Cómo sabe…? ¡Ah, sí, vio usted la camioneta cuando la trajimos aquí!

—Sí. Van a disparar desde ella.

—Así es. Los lados son abatibles. Sólo tienen que abrirla y dejar al descubierto el cañón. Contamos con seis proyectiles, que caerán milimétricamente en seis puntos exactos del castillo y la explanada. Va a ser una lección que los escoceses no olvidarán nunca… ¡Nunca! Y cuando lo sepan en Belfast, espero que recapaciten antes de volver a molestar a los católicos, porque…

—Salga de aquí —jadeó Brigitte—. ¡Salga de aquí!

—Pero, hija mía, el motivo de mi visita, precisamente es confesarte, si lo deseas. Puesto que vas a morir…

Brigitte contemplaba con expresión incrédula y horrorizada al hombre de la cicatriz.

—¿Confesarme? ¿Usted me está proponiendo la confesión…?

¡Por el amor de Dios! ¿Está loco? ¿Es que ha perdido la noción de las cosas, el sentido de todo?

—Simplemente, serás ejecutada dentro de unas pocas horas, cuando se hayan cumplido determinados requisitos, y me pareció que debía traerte el último consuelo. Aunque…, ¡no serás protestante! ¡No se me había ocurrido que…! ¿Eres protestante?

Brigitte, ahora en pie, se acercó a O'Hara, pero éste retrocedió vivamente, y en cambio, el hombre de la metralleta apuntó más ostensiblemente al vientre de Brigitte, que se detuvo. Estaba lívida como un muerto.

—Me van a conservar como rehén por si algo no les saliese todo lo bien que esperan, ¿verdad?

—Admito que ha sido una idea de O'Leary, y que a mí me ha parecido bien. Pero esperamos que todo saldrá bien, de modo que ya no volveremos por aquí. Vas a quedarte sola en este castillo con dos hombres que se encargarán de matarte cuando llegue el momento. Me gustaría poder hacer algo por ti, hija mía…

—Muérase.

—Eso es demasiado —sonrió el padre O'Hara—. Me parece que, en definitivas cuentas, no sabes interpretar bien nuestras intenciones al hacer lo que vamos a hacer. Lo siento por ti, y… ¡hasta nunca!

—¡Déjeme el maletín al menos! Permita que me arregle un poco antes de morir…

—Ya está bellísima así —sonrió O'Hara—. Adiós, Lili.

La puerta se cerró de nuevo, dejando a Baby encerrada en la celda. La luz se apagó. De nuevo quedó sumida en la oscuridad total, oyendo alejarse los pasos, durante unos segundos. Luego, el silencio total de nuevo.

«Son las once de la mañana, y la parada militar es a las quince horas, es decir, que sólo dispongo de cuatro horas para impedir eso. Estarán por allí los Simones, desde luego, pero…, ¿cómo van a sospechar que desde un coche de una tienda de modas van a disparar seis proyectiles contra el castillo? Además, pueden hacerlo desde muy lejos: incluso desde cualquier colina, alejada del centro de la ciudad. Dios… ¡Tengo que salir de aquí sea como sea!».

Iban a quedar solamente dos hombres en todo el castillo. Dos hombres que acudirían a matarla cuando supiesen que el atentado

había sido llevado a cabo, y que O'Hara y los demás estaban ya a salvo. Muy bien. Si querían matarla…, ¿por qué esperar tanto rato?

Se acercó a la puerta, la tanteó, y estuvo escuchando. Era una puerta solidísima, con la que no valía truco de ninguna clase, desde luego: si estaba cerrada, cerrada seguiría…, a menos que la abriesen desde fuera.

De pronto, comenzó a golpearla con fuerza, gritando:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Heeevyy…! ¡Estoy enferma! ¡Perros asquerosos, venid a cuidarme, estoy enferma! ¡Eeeeehhh!

Golpeaba la puerta una y otra vez, gritando, hasta que, de pronto, se detuvo. No oyó nada, de modo que volvió a golpear, todo lo fuertemente que podía. Le dolían ya las manos, pero siguió golpeando. Y gritando. Dejó de hacerlo nuevamente.

Al otro lado de la puerta le pareció escuchar unos murmullos. Comenzó a golpear de nuevo, y a gritar…, hasta que la puerta tembló bajo un golpe aplicado por fuera.

—¡Cállese! —le llegó la voz—. ¡Y vaya hacia el fondo de la celda!

La luz se encendió. Brigitte retrocedió hacia el fondo de la celda, obediente, y se sentó en el suelo, apoyando espalda en la pared. Cuando la puerta se abrió, la espía más peligrosa del mundo se retorcía de dolor, sujetándose el vientre con ambas manos… En el umbral, los dos carceleros armados de metralletas la contemplaban con expresión francamente preocupada. Sorprendentemente preocupada, considerando que quien tan «enferma» estaba, se hallaba condenada a morir dentro de pocas horas.

—Quédese quieta de una maldita vez —gruñó uno de los hombres—, y veremos si podemos hacer algo por usted. ¿Qué le ocurre exactamente?

—Mi… mi vientre… Tengo… como un calambre… Debe ser de hambre…

Los dos hombres cambiaron una mirada. Uno de ellos asintió y ambos salieron de la celda, cerrando de nuevo. La luz quedó encendida. La azul mirada de espía más astuta del mundo estaba fija en la puerta. Hay cosas que se comprenden y cosas que no se comprenden… ¿Por qué se preocupaban tanto por ella? ¿Porque tendría que servir de rehén en determinado momento quizá?

La puerta se abrió diez minutos más tarde, y reaparecieron los

dos carceleros. Uno de ellos llevaba una bandeja de loza, con una jarra con agua, un vaso, fruta y un plato en el que se veía algo más de medio pollo asado, dos huevos fritos, pedazos de jamón dulce… No se podía dudar que eran restos de comida de otras personas. Excepto los huevos, quizá.

—Le vamos a dejar esto aquí. Si intenta…

—Agua —tendió las manos Brigitte—. ¡Por favor, deme el agua ahora mismo…!

Apoyó una mano en el suelo, como quien va a ayudarse para ponerse en pie.

Pero no se puso en pie.

Apoyándose con fuerza con aquella mano en el suelo de piedra, lanzó sus dos piernas, como describiendo un sablazo en diagonal ascendente, hacia el hombre que sostenía la bandeja. Y fue la bandeja precisamente la que recibió el doble puntapié, con tal fuerza que fue elevada, y todo su contenido se aplastó en la cara del carcelero, que lanzó un alarido y retrocedió, llevándose las manos a la cara. Mientras el hombre gritaba, y se producía el gran estrépito de todo el contenido de la bandeja al caer al suelo, Brigitte terminó su recorrido con las piernas, cayó quedando horizontal al suelo, y volvió la cabeza hacia el otro carcelero, que retrocedía hacia la puerta, apuntándola con la metralleta.

—¡Quieta! —gritaba el hombre—. ¡Quieta o no tendré más remedio que…!

La gata furiosa ya estaba en el aire. Los desorbitados ojos del hombre la vieron llegar. Podía haber disparado, acribillándola, pero no lo hizo. Cuando reaccionó, cuando quiso disparar, ya era demasiado tarde: la gata cayó sobre él, le apartó la metralleta de un manotazo, y el otro puño se hundió con poderosísimo *tsuki* en la garganta del carcelero, ocasionándole la muerte instantánea. Cuando el hombre cayó de espaldas, su metralleta estaba en manos de Brigitte Montfort, que se revolvió y apuntó al otro, cuando se disponía a descolgar la suya del cuello.

—¡Quieto!

El hombre quedó petrificado. Por clarísimas señas, Baby le ordenó que se desprendiera de la metralleta, lo cual hizo con todo cuidado. El silencio habría sido total entonces, si no hubiera sido por aquel ruido que hacía rato estaba oyendo Brigitte, sin conseguir

identificarlo. Pero lo consiguió de pronto: si no se equivocaba, era el ruido de alguien golpeando una puerta como la de su celda.

—¿Hay algún prisionero más en el castillo?

El hombre se pasó la lengua por los labios, en silencio. Baby alzó las cejas y sonrió de pronto.

—Hagamos un trato, amiguito —dijo fríamente—, tú haces todo lo que yo te diga, y yo no te corto las orejas y otras cosas que estaría feo que mencionase una dama. Si crees que estoy fanfarroneando o bromeando, sólo tienes que demorar tu respuesta tres segundos: ¿hay otro prisionero en el castillo?

—Sí… Sí, hay otro.

—¿Tienes la llave de su celda?

—Sí… Sí.

—Pues vamos a abrirle. ¿Quién es?

—No sé… No lo sé. ¡Cuando llegamos aquí, ya estaba en la celda, y siempre le hemos servido la comida por una trampilla a ras de suelo, nunca le hemos visto!

—Vamos allá.

Salieron de la celda. Los golpes seguían oyéndose, como un deseo de orientarles; lo cual no necesitaba el carcelero, pues sabía perfectamente en qué celda estaba el prisionero desconocido. Llegó ante la puerta, encendió la luz del interior de la celda, y movió la llave en la cerradura, que rechinó.

—Apártese de la puerta —dijo Brigitte—. ¡Vaya hacia el fondo, vamos a abrir!

La puerta fue abierta. A una seña de Brigitte, el carcelero entró, y fue hacia el fondo, donde estaba el prisionero. Era un hombre vestido de negro, de mediara estatura, que se estaba protegiendo la cabeza…, no, se protegía los ojos de la luz. Al tener los brazos alzados. Brigitte pudo verle perfectamente el alzacuellos… Luego, vio su abundante cabellera rizada…

Brigitte Montfort permaneció inmóvil, pálido el rostro.

—¿Quién es? —preguntaba el hombre—. ¿Quién es, qué está pasando…? ¡Quiero salir de aquí de una vez!

—¿Padre O'Hara? —musitó Brigitte, por fin.

El hombre bajó los brazos, dejando al descubierto su rostro, con barba de varios días, pero en el que destacaba lo suficiente la gran cicatriz que parecía pasearse por la mejilla derecha.

—Sí —dijo el hombre de los oscuros ojos—. Soy el padre O’Hara. ¿Quién es usted?

Capítulo IX

Dune detuvo el coche en el primer lugar convenido, y un hombre se acercó rápidamente y se metió dentro, en la parte de atrás, sentándose junto al hombre de la cicatriz. Delante, junto a Dune, iba O'Leary, naturalmente.

—¿Qué tal? —saludó el recién llegado al coche—. ¿Todo va bien?

—Todo va bien —sonrió el hombre de la cicatriz—. Ya le dije que lo conseguiríamos, señor Campbell. Sigue, Dune.

El coche prosiguió la marcha. Dentro, los cuatro hombres permanecieron en silencio. Diez minutos más tarde, en el cruce de Leith Street y Waterloo Place, Dune detuvo de nuevo el coche, y otro hombre entró, desplazando un poco al anterior, que quedó en el centro, dejando a Patrick O'Hara en el extremo izquierdo del asiento. Dune prosiguió la marcha, sin esperar instrucciones esta vez, mientras miraba al recién llegado por el retrovisor.

Éste, como el anterior, era un hombre elegante, de vestir sobrio y serio, modales apacibles, impecables. Atractivo, con un inconfundible porte de persona de calidad. Aunque en la descripción física ambos hombres habrían resultado muy diferentes, tenían en común la clase, ese algo indefinible que diferencia a unas personas de otras que han tenido menos oportunidades y suerte en la vida.

—Señor Travis —saludó sonriente O'Hara—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y el asunto?

—Todo marcha perfectamente.

—De acuerdo. Hola, Justice.

—Hola, Alvin.

Se echaron a reír los dos. Eran grandes amigos, buenos amigos…, que oficialmente estaban en Londres, cada uno dedicado a sus asuntos. Justice Campbell y Alvin Travis.

—Me parece magnífico que estén de buen humor —dijo O'Hara, riendo también—. Bien entendido que todo ha salido tan bien que no podemos pedir más.

—Explíquenos, por favor.

—Bueno, Baby acudió a la cita de su colega Lidovich, naturalmente. Esto no me resulta sorprendente. A partir de ahí, las cosas han ido sucediendo en todo momento tal como teníamos planeado. Es decir, que, dentro de poco, cuando hayamos lanzado los seis promedies que causarán la más horrenda matanza civil de que se tenga noticia en el mundo, todo estará en camino de transformarse en el plan definitivo.

—¿Todos los hombres están preparados, el armamento…?

—Todo, señor Campbell, todo, tranquilícese. Incluso la fuga de Baby. Pero eso sucederá más tarde. Antes hemos que lanzar los proyectiles. Luego, volveremos al castillo, nos llevaremos al padre O'Hara, lo mataremos y lo tiraremos al fondo del mar, lastrado de tal modo que jamás volverá a la superficie. Cuando los dos hombres que he dejado custodiando a Baby, finalmente, cometan el error que le permitirá escapar…

—¿Sus hombres han aceptado eso?

—Claro que sí. Les he dicho que ella no los matará, si no hacen tonterías, y ya tienen una buena prueba de que Baby no es una asesina. Pudo matar a O'Leary a Dune cuando tuvieron su tropiezo en el apartamento del 23 de Bramdean Rise, y no lo hizo. Fue porque ellos, sencillamente, siguieron al pie de la letra mis instrucciones, para que ella les venciese, y luego encontrase las fotografías en la maceta, y finalmente les siguiese o hiciera seguir por sus Simones. Fue una jugada perfecta. ¿No es cierto, O'Leary?

—De todos modos —dijo O'Leary, volviendo la cabeza—, esa mujer es de cuidado. Parecía una ancianita de verdad. Y luego, había que verla manejándonos… Y luego, apareció de rubia. Y finalmente, resulta que ni es vieja, ni es rubia…

—¿Ha conseguido saber quién es? —preguntó Campbell al hombre de la cicatriz.

—Sí. Eso me convierte en un millonario en potencia. Pero no corramos demasiado. Por el momento, esa mujer nos ha sido de gran utilidad, y aún nos lo será más cuando escape de mis dos hombres del castillo. Luego, esos dos hombres, Junto con los demás

que van a llevar a cabo la Operación Military Tattoo, sencillamente desaparecerán de las Islas Británicas, sin tener ni idea de quién soy, ni de que han sido… manejados adecuadamente. Quiero decir que si en determinado momento, la CIA o el MI6 capturase a alguno de ellos, todos dirían lo mismo: que habían estado trabajando a las órdenes del padre O'Hara, el cual, a su vez, estaba aquí siguiendo instrucciones de personajes importantes de Dublín. Personajes cuyos nombres me he ocupado de que sean conocidos por Baby. Es decir, que en cuanto ella quede libre, avisará a la CIA, y ésta, al Servicio Secreto Británico, de que el alcalde de Dublín, el obispo y otras personalidades, han perpetrado el horror de la Military Tattoo, como represalia contra los escoceses por los malos ratos que están pasando los católicos del Ulster. Esta, en definitiva, es la versión oficial… La que ustedes desean, ¿no es cierto?

—Sí… ¿Está seguro de que en Londres y en Washington creerán a esa mujer?

—¿A Baby? ¡Claro que la creerán! Lo que ella dice es santo y bueno para los norteamericanos, puede creerlo. Y tiene buenos amigos en el Ministerio británico. Les garantizo que todo el mundo estará convencido de que la matanza de la Military Tattoo ha sido obra del IRA, dirigido esta vez desde Dublín.

—Va a ser un duro golpe para el IRA…

—Y para los personajes políticos importantes de Dublín. En definitiva, señores —sonrió el hombre de la cicatriz—, nadie podrá culpar demasiado a Londres si deciden… digamos tomar a su vez cierta represalia contra Irlanda. Según yo entiendo, el plan de ustedes es que, después de lo de la Military Tattoo, Londres envíe más soldados al Ulster, y que desde ahí parta la invasión de Irlanda por las fuerzas británicas. ¿Realmente les parece factible?

—Somos un grupo muy poderoso en Londres, que venimos tramando esto hace tiempo. Lo conseguiremos —aseguró Travis—. Podemos ejercer, entre todos, la suficiente presión diplomática y bélica para que envíen más fuerzas al Ulster. Y una vez allí, no nos resultará ni mucho menos difícil ordenar una invasión de Irlanda… Con lo que, una vez más, Irlanda quedará bajo el poder inglés.

—Pero los irlandeses no cederán fácilmente —murmuró el hombre de la cicatriz—. Eso será toda una guerra, señores.

—Que terminará pronto: Inglaterra aplastará a Irisada. Y

nosotros, los nuevos políticos que pronto tomaremos el poder total en Londres, conseguiremos de este modo ampliar la potencia del Reino Unido al anexionarnos los recursos de Irlanda. El Reino Unido será de nuevo fuerte y poderoso.

—Y ustedes, personalmente, también, ¿no es así?

—Bueno —sonrió Justice Campbell—. Nadie hace nada por nada, ¿verdad? Nuestro grupo no tiene por qué ser… angelical.

—Lo comprendo. En fin, sólo falta el momento final, la orden de disparar contra el castillo. La función de la retreta dura hora y media, aproximadamente, así que no hay peligro de que fallemos en nada. Hay tiempo para todo. Luego, más fuerzas al Ulster, la invasión de Irlanda, la guerra angloirlandesa… ¡Eso ya es cuenta de ustedes! Yo estaré bien lejos, disfrutando de mi dinero… ¿Lo han traído?

—Tal como convinimos, hemos traído un cheque, paradero en Suiza. Por doscientas cincuenta mil libras.

El hombre de la cicatriz tomó el sobre que le tendía Alvin Travis, y se lo guardó, sin abrirlo, sonriendo.

—Sería una tontería desconfiar entre nosotros, ¿verdad? Doscientas cincuenta mil libras es una buena cantidad…, hasta que, dentro de un año, denuncie a Baby a la MVD. Eso me proporcionará cinco millones de dólares y el…

—¿Le pagarán?

—¡Ya lo creo que me pagarán! —rió O'Hara.

—¿Y quién es Baby, en realidad?

—Pues… Bueno, ¿para qué complicamos la vida? Lo sé yo, y es suficiente. Ahora vamos a despedirnos, caballeros. Ustedes regresen a Londres, yo dirigiré la operación, y luego dejaremos que la astuta Baby, que una vez más habrá escapado de grandes peligros, les cuente a sus amigos británicos que han sido los irlandeses quienes lo han hecho todo. ¿Alguna duda? ¿Algo que aclarar antes de despedirnos para siempre?

Justice Campbell y Alvin Travis se miraron, luego miraron a O'Hara, y movieron negativamente la cabeza, mientras el primero musitaba:

—Buena suerte.

—Para Dune —sonrió O'Hara.

El coche se detuvo, y los dos hombres se apearon, separándose

rápidamente. O'Hara les estuvo contemplando unos segundos, sonriendo irónicamente. Luego, miró a Dune.

—Vamos al sitio que os dije antes.

—¿No se hará demasiado tarde? —preguntó O'Leary.

—Claro que no. Son las doce y media apenas. Tenemos tiempo de todo.

—Pero me pregunto qué tenemos que hacer allá.

—Ya lo verás —sonrió el hombre de la cicatriz.

Dune se resignó. A fin de cuentas, realmente, no tenían cosa mejor que hacer que dar un paseo en coche. Así que condujo sin grandes prisas. Abandonaron el centro, y poco después circulaban por Dalkeith Road. Después del cruce con Peffermill Road, el nombre de Dalkeith Road era Old Dalkeith Road, y seguía hacia la colina, seguía, seguía… Pasaron junto a Danderhall, ya fuera de Edimburgo, pero siguieron hacia arriba… Llegó el momento en que estaban solos. El calor era terrible dentro del coche. Frente a ellos, se veía el verdor de una colina llena de pinos.

El hombre de la cicatriz sacó su pistola, apoyó la punta en la nuca del distraído O'Leary, y apretó el gatillo… La bala salió por delante, astillando la frente y llenando el cristal parabrisas de salpicaduras amarillo rojizas, que chascaron como pegotes de barro; algunas astillas de hueso sonaron con más fuerza… O'Leary fue impulsado hacia delante, chocó de frente contra el cristal y rebotó, dejando allí una espeluznante mancha de sangre y masa encefálica.

Naturalmente, Dune se había sobresaltado, y detuvo el coche. No parecía comprender lo que estaba viendo. Cuando miró al hombre de la cicatriz, estaba más pálido que su ya difunto compañero.

—Perro… ¡Perro asqueroso! —jadeó.

Plop.

La bala le entró a Dune por un ojo, y le salió por la coronilla. El coche quedó sencillamente escalofriante, así que no podía sorprender que O'Hara se apease, tranquilamente, y se alejase, guardándose la pistola. Le parecía increíble que la gente pudiese ser tan tonta. ¿Qué esperaban Dune y O'Leary? ¿Qué habían esperado? Eran los únicos, aparte de Campbell y Travis, que sacian quién era él. Campbell y Travis no lo dirían jamás, pues sería ponerse ellos mismos la soga al cuello, pero ¿iba a permitir que dos bocazas como

O'Leary y Dune fuesen por ahí sabiendo la verdad? ¡Claro que no! Ya habían sido útiles, así que, ¡fuera con ellos! Cuando los encontrasen, pensarían que los había asesinado su compinche, el padre O'Hara, para que no hablasen. Y en cierto modo, era verdad. Sólo que el padre O'Hara, el verdadero, jamás podría defenderse, ya que antes de las cinco de la tarde, él mismo se lo llevaría mar adentro con la lancha, y le metería dos balas en la cabeza, y dos barras de hierro en los pies…

Y entonces, punto final.

Todo estaba tan bien planeado, que el hombre de la cicatriz tenía incluso una motocicleta escondida entre La vegetación. Se subió a ella, la puso en marcha, y emprendió el regreso a Edimburgo. Eran las trece horas y veintidós minutos.

Capítulo X

—¿Qué hora es? —preguntó de nuevo Brigitte Montfort.

—Las trece y veintinueve —dijo Simón—. No se preocupe, ya verá como la localizan. Todavía tenemos más de hora y media.

Brigitte asintió, y permaneció silenciosa. Para regresar a Edimburgo, desde el otro lado del estuario, había tenido que llegarse a Bumtisland, y allá, sencillamente, robar una lancha, con la que había regresado a toda velocidad: como quiera que había encontrado su maletín en el salón del castillo, había podido ponerse en contacto con Simón-Edimburgo, cuyos gritos de alegría debieron oírse incluso en Londres.

Lo primero que hizo Brigitte, tras aceptar las disposiciones de vigilancia en torno a el castillo que Simón había adoptado, fue llamar a su hotel para notificar que había regresado de un pequeño viaje y preguntar si había llegado algún recado para ella. No, no había ningún recado, pero un tal señor Pearson había llegado, preguntando por ella, y había dejado el encargo de que la avisaran en cuanto ella llamase.

—¿Y un tal señor Tomasini? ¿No ha llegado?

—¿Tomasini…? ¡Ah, sí! Bueno, no ha llegado, pero lo esperamos para esta tarde. Es un caballero italiano que pidió reserva por cable.

—Sí… Entiendo. Comuníqueme con el señor Pearson, por favor.

Tras el contacto telefónico, a Pearson le habían bastado minutos para acudir al encuentro de Brigitte…

Tan pocos minutos que apareció en un taxi exactamente a las trece y cuarenta y dos minutos. Se metió en el coche donde estaba Brigitte con Simón-Edimburgo, y le tomó las manos.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí, John, gracias. No has debido venir a Edimburgo. Habría bastado que…

—Mis hombres captaron la alarma que había cundido en la CIA,

y que estabais movilizando a todo el personal, así que comprendí que algo te había ocurrido. Sobre todo cuando, precisamente, te llamé al Caledonian, y me dijeron que no estabas. Pedí una habitación para mí, y aquí me tienes. ¿Qué está pasando?

Brigitte lo explicó rápidamente. John Pearson, alias Fantasma, estuvo unos segundos pensativo, y acabó por mover negativamente la cabeza.

—No puedo entenderlo muy bien, pero sí sé lo que ha venido a hacer lord Stephenson a Edimburgo: esta tarde irá, con su esposa y los nietos de ambos, a presenciar la parada militar. La Military Tattoo, claro. Le avisaré para que… ¿no?

—Si lord Stephenson cambia de planes inesperadamente, alguien va a saber que las cosas le están saliendo mal, John. Una de esas personas, el hombre de la cicatriz.

—¿Quién más crees que puede estar involucrado en una cosa así?

—El hombre de la cicatriz no tiene ninguna base para hacer una cosa semejante por sí mismo. Tiene que estar dirigido por alguien. Alguien que, después de lo de la Military Tattoo, forzará la situación, de modo que las cosas se compliquen aún más en el Ulster, y, posiblemente, en Irlanda. No olvides la jugada del hombre de la cicatriz. Me ha estado mintiendo, diciéndome nombres, y eso sólo se hace con un fin determinado. Pretenden que el padre O'Hara y las personalidades que te he citado de Dublín, carguen con la responsabilidad de todo lo sucedido. Todo eso, debe tener un objetivo determinado. Alguien está provocando, quizá, un enfrentamiento muy serio entre Inglaterra e Irlanda.

—Pero ¿no sabes quién?

—Lo sabré.

—¿Realmente esperas encontrar al hombre de la cicatriz?

—Sí. Él ha estado jugando conmigo, pero yo también sé hacer mis propias jugadas. Está perdido, acorralado, y lo cazaré muy pronto.

—¿Sabes ya quién es?

—Desde luego; pero ahora, lo interesante es localizar la camioneta donde va el cañón y esos seis proyectiles. Y el tiempo va pasando sin que…

Bip-bip-bip-bip-bip…, sonaron a la vez la radio de Brigitte y la

de Simón.

—¡Sí! —se adelantó ella—. ¡Adelante!

—Hola. Soy Simón-Treinta y Tantos —se oyó una voz palpitante de alegría—. ¿Le interesa una camioneta de una casa de modas llamada Scocht Lady?

—¡Déjese de bromas, Simón! ¿La ha encontrado?

—La tengo a menos de veinte metros de mí. Está detenida ante un semáforo en el cruce de…

—¿Qué hora es? —preguntó Noah Frush.

—Las catorce y cinco minutos.

—Perfecto. Están en plena representación militar… ¡Casi oigo las gaitas y los tambores!

Dentro de la caja cerrada de la camioneta se oyeron algunas risas. La única iluminación de que disponían entraba por la pequeña ventanilla que comunicaba la caja de transporte con la cabina de mandos. Frush se colocó ante la ventanilla en cuestión y dijo:

—Está bien, basta de pasear. Deteneos donde podáis, y bajad a abrir las puertas.

—Bien.

Para mayor seguridad, las puertas de la caja de transporte habían sido cerradas por dentro, además de por fuera. El inconveniente de tener que bajar para abrir era pequeño, comparado con la doble seguridad. La camioneta se detuvo. Dentro, los diez hombres que tenían que actuar en menos de diez segundos para disparar seis proyectiles hacia el castillo, estaban esperando que las puertas se abriesen, para poder abrir las compuertas del techo y bajar las laterales. Durante quince segundos y ante el pasmo de quien pudiera verlos, tenían que montarlo todo, comenzando por el telémetro…

—¿Qué pasa? —masculló Leonard Sanders, junto a Frush—. ¿Por qué no abren de una vez?

—Cálmate —aconsejó Peter Newey—. Cada cosa requiere su tiempo, hombre.

—Seguro que sí —dijo otra voz—, pero yo tengo un calor espantoso aquí dentro.

Llegaba, atenuado, el rumor de la circulación rodada.

Y de pronto, nítida, la voz femenina en la ventanilla:

—Los vamos a llevar a un sitio donde estarán muy frescos.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar. A Frush le pareció ver unos pequeños objetos brillantes, que penetraban por la ventanilla, que se cerró en seguida. Y eso fue todo, porque el hombre del IRA que pretendía involucrar a éste en tan espantosa acción, a cambio de dinero, quedó tan súbitamente dormido como los mercenarios a los que había contratado.

Cuando despertase, cuarenta y ocho horas más tarde, seguramente estaría en un sitio muy fresco, en efecto: muros de las prisiones suelen ser gruesos.

Baby saltó de la cabina de la camioneta, y señaló por encima de su hombro con un dedito.

—Listo. Toda para ustedes.

Tres agentes de la CIA subieron a la cabina de la camioneta, que reanudó la marcha tras haber estado detenida apenas diez segundos de más. Los dos mercenarios que habían ido conduciendo la camioneta, yacían, con la cabeza rota a culatazos, dentro de un coche que ya se alejaba, mientras otros partían en pos de la camioneta.

Por su parte, Brigitte fue al coche donde le esperaban Simón y Pearson, y sonrió luminosamente.

—Lo hemos impedido. ¿Quieres ir con tus hombres y los míos a ver qué clase de proyectiles…?

—Esa es una cuestión que ya no me interesa, querida —rechazó el espía británico—. Lo que quiero ver ahora, y no me lo perdería por nada del mundo, es cómo terminas realmente este asunto.

—Bueno —sonrió la divina—, pero te advierto que cobro a cien libras la entrada. ¡No voy a ser menos que la Military Tattoo!

Y así, mientras unos miles de personas continuaban presenciando las maniobras de las bandas de música en la explanada de el castillo, la agente Baby se puso en marcha hacia Portobello. Eran las catorce horas y doce minutos.

El hombre de la cicatriz miró su reloj, y se mordió los labios. Eran las cuatro y treinta y seis minutos de la tarde, y nada había sucedido. Desde donde estaba, veía el castillo, a lo lejos. Y nada sucedía. A las cuatro y cuarenta y cinco minutos, el hombre de la cicatriz estaba pálido. Y sabía ya que algo había salido mal. No podía imaginarse el qué, pero era indudable que algo había fallado.

«No es posible que sea obra de ella. Tiene que estar en el castillo, en la celda… ¿Qué ha podido fallar?».

Subió a la motocicleta, y emprendió veloz marcha hacia Portobello, donde estaba la lancha. Regresaría junto a Baby, para asegurarse de que seguía prisionera. Y esperaría a Frush y a los otros. Quizá habían tenido un pequeño fallo, que les había impulsado a esperar otro momento para la acción. Ya no sería lo mismo, pero habría que conformarse…

Llegó a Portobello, dejó la motocicleta, y comenzó a caminar hacia el embarcadero. Pero, de pronto, se metió en un portal, y se quitó la peluca y la cicatriz, despegando ésta con gran cuidado de su bien afeitada mejilla. Luego, se quitó los lentes de contacto oscuros, dejando al descubierto sus claras pupilas. Su aspecto mejoró, en realidad, ya que, aunque algo calvo, pareció más joven y más simpático, más ingenuo. El rostro que mostraba ahora el hombre de la cicatriz era el que correspondía a una persona incapaz de hacer daño a una mosca.

Después de guardarse todo en un bolsillo interior de la chaqueta, salió de nuevo a la calle, y continuó su marcha hacia el embarcadero. Muy pronto vio la lancha…, pero, al mismo tiempo, comenzó a ver hombres que no le gustaron. No le gustaron en absoluto, pese a que eran apuestos muchachos de rubios cabellos y anchas espaldas. En un santiamén, el hombre de la cicatriz se encontró completamente rodeado de hombres jóvenes, de dura mirada, que, simplemente, parecían escoltarle hacia el embarcadero.

Y antes de llegar a éste, vio a la mujer en la lancha. Una mujer de grandiosos ojos azules, largos cabellos negros suavemente ondulados, piel de color de oro, labios color de rosa. Ella esperaba, inmóvil, con las manos en la cintura, al aire del mar sus hermosos cabellos. Ya más cerca, el hombre de la cicatriz vio a otros dos de aquellos hombres altos y hermosos cerca de la lancha. Entre ellos había otro hombre, vestido de negro, con barba de varios días, y que tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Al pasar él, el verdadero padre Patrick O'Hara le señaló, y asintió con un gesto.

Todo hombre llega un día al final de su camino, y ahora el hombre de la cicatriz sabía que había llegado al final del suyo. ¿O quizá tenía todavía alguna oportunidad?

Como sabía que, por el momento, no tenía la menor en cuanto a escapar de aquel cerco que le habían preparado, el hombre de la cicatriz continuó caminando, llegó al borde del muelle, y saltó a la lancha.

—Hola, señorita Brigitte Montfort, agente Baby —saludó.

—Hola, Serge Lidovich, agente cerdo.

El espía soviético que había desertado por dinero para secundar planes de personajes británicos, sonrió simpáticamente.

—¿Sabe? Tenía la esperanza de que, dentro de un año, cuando todo hubiese pasado y yo ofreciese a la MVD informarles sobre quién era Baby, no sólo me pagarían los cinco millones, sino que me perdonarían todo cuanto hubiese hecho. Incluso la deserción. Ahora usted lo ha puesto todo muy difícil.

—Hagamos un trato. Yo, a estas alturas, no necesito explicaciones. Sólo nombres, Lidovich. Dígame los nombres de las personas que han preparado todo esto para enfrentar a Irlanda con Inglaterra.

—¿Lo sabe? —jadeó Lidovich.

—Lo he comprendido. Su vida a cambio de esos nombres.

—Sólo conozco a dos… Sólo a dos, de verdad.

—Serán suficientes para que cierto amigo mío, tras consultar con su alto jefe, inicie una buena limpieza en Londres. ¿Cuáles son esos nombres?

—Justice Campbell y Alvin Travis.

—De acuerdo.

—¿Puedo marcharme entonces?

—Espere. Queda otro nombre por mencionar. Me refiero al de aquel hombre que usted llevó a su apartamento y lo asesinó, destrozándole la cara para que luego, y con la ayuda teatral de sus amigos Dune y O'Leary, yo creyese que era usted. ¿Cómo se llamaba aquel pobre hombre cuyo delito fue parecerse a Serge Lidovich en líneas generales?

—No lo sé. Ni lo conocía. Lo vi por la calle, lo cacé y lo maté. Eso es todo. Me fue útil. ¿Puedo marcharme o no?

Brigitte Montfort apretó los labios, saco la pistolita de cachas de madreperla y apunto a la cabeza de Serge Lidovich. Hacía un sol tibio de media tarde, de primeros de setiembre en Edimburgo. El hombre de la cicatriz abrió la boca para protestar. ¡Un trato era un

trato…!

Plopf, chascó la pistola de Baby Montfort.

Luego, ésta se inclinó, encontró en los bolsillos el cheque, la peluca y la cicatriz, y las lentillas… Con esto en una mano, miró al asesino muerto y musito, fríamente:

—Francamente, me gustabas más con la cicatriz.

Este es el final

El señor Angelo Tomasini entró en la *suite* que había reservado por teléfono desde Londres. Cerró la puerta, fue a sentarse a un sillón y sacó de un bolsillo interior la pequeña radio de bolsillo, colocada en la onda especial que sólo dos personas utilizaban en el mundo. Apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —oyó la voz femenina al instante.

—¡Brigitte! —se irguió Uno—. Pero ha corrido la voz de que… ¿Estás bien? ¿No te ha pasado nada?

—Estoy perfectamente, mi amor. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, sí. ¿Dónde estás?

—En el cuarto de baño de tu *suite*, esperándote.

Número Uno frunció el ceño y alzó la cabeza. Guardó la radio, se puso en pie y fue hacia el cuarto de baño, cruzando el amplísimo dormitorio. Cuando entró en el baño, Brigitte, cubierta de espuma hasta el cuello, le sonrió encantadoramente. Junto a la bañera, sobre el blanco taburete, estaba la radio.

—Hola, mi amor.

—Es una broma divertida…, para tu amigo Frankie —gruñó Número Uno—. No sé si a mí me hace gracia.

—No seas gruñón y siéntate. ¿Qué culpa tengo yo de que en cuanto oyes que Baby no contesta te asustas?

—No me asusto. Sólo estaba un poco preocupado.

—Ya, ya. Bueno, pues ya ves que no me pasa nada.

—En ese caso, regreso ahora mismo a Malta.

—Me parece que estás un poco enfadado —sonrió la divina—. ¡Y yo que había pensado invitarte a presenciar la gran parada, la Military Tattoo esta misma noche…! ¿Me quieres acercar la toalla?

Se puso en pie en la bañera y abrió el grifo de la ducha, retirando con agua fría la espuma de la piel. Junto a ella, impávido

pese a las salpicaduras del agua, Número Uno permanecía sosteniendo la toalla. Toalla que ella despreció, a fin de cuentas, porque para salir de la bañera, todo lo que hizo fue colgarse del cuello de él. Y allá quedó, susurrando:

—¿O prefieres que vayamos mañana a la Military Tattoo?

—Mejor mañana —susurró él—, porque me has mojado el traje y no he traído más equipaje.

—Bueno —le envió ella su más dulce suspiro—. Esperaremos a mañana. Mientras tanto, ¿se te ocurre algo para esta noche, ya que estás en Edimburgo…, donde también te amo?

A Número Uno se le ocurrían muchas cosas. Pero, para empezar, cerró los ojos y besó los labios de la mujer que amaba más que a su propia vida.

FIN

Notas

[1] Ver la aventura de Baby titulada *El monstruo del lago Ngar*. <<